BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

MACABRO DESEO




SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

313 — La muerte juega al ajedrez, *Joseph Berna*.
314 — Horror en los estudios Filmstar, *Curtis Garland*.
315 — ¡Ven conmigo al Infierno!, *Clark Carrados*.
316 — Un abrigo de piel de hiena, *Silver Kane*.
317 — El coleccionista de espantos, *Curtis Garland*.

CURTIS GARLAND

MACABRO DESEO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 318
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.171 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PROLOGO
EN PRIMERA PERSONA

Ha vuelto a suceder.

No puedo evitarlo. Sucedió una vez. Sucederán más. Otras muchas. La tentación es demasiado fuerte. Me atrae el horror como me atrae la belleza.

Belleza y horror. Vida y muerte. Ardor y frío.

No, no puedo hacer nada por evitarlo. Ello empezó hace tiempo. Yo sé cuándo. Nunca debí empezar. Pero aquel día, en la fría Morgue, comenzó todo.

Ella estaba allí. Desnuda. Muerta. Rígida y fría.

Era hermosa, sin embargo. Muy hermosa. Había sido una mujer célebre, deseada por miles de seres. Una actriz de esas que todos contemplan en las carteleras. El accidente no la había desfigurado apenas. El forense, en su momento, había dado su informe, frío y aséptico: Muerte por accidente de circulación. Destrozos internos. Derrame. Sólo eso.

Físicamente, seguía siendo tan hermosa como en vida. Y quizá en ella existiera vida, después de todo. Esa vida que muchos niegan, que está más allá de la vida y de la muerte, más allá de la frontera insondable de las sombras, adonde yo había podido llegar, conducido por el oscuro poder de las Tinieblas.

Acaricié aquel cuerpo sin vida, céreo y helado. Creí sentir su calor interno, ignorado por todos. Me pareció que sus ojos miraban a través de sus párpados. Que sus labios exangües tenían un rojo vital que nadie excepto yo mismo podía ver...

Y ocurrió.

Ocurrió entonces. Por vez primera.

Amé a aquella mujer. La amé como se ama a cualquier mujer. Con la sola diferencia de que ella... estaba muerta.

Muerta para los demás. Para todos. Pero no para mí, que creía en lo que hay más allá de la muerte, en la muerte misma. Yo sabía. Yo no era como los demás.

Y ella tampoco. Estoy seguro de que ellas también sienten, también siguen viviendo, amando, esperando, allá en la oscuridad silenciosa de su nueva existencia.

Sí. Entonces empezó todo.

Ahora... ahora es demasiado tarde para volverse atrás. No podría hacerlo. No, no es posible ya. Debo seguir. Mi deseo es irrefrenable. Sólo yo puedo comprenderlas, amarlas, sentir ese calor de su piel, helada para otros, el calor humano que nadie conoce.

Por eso ha vuelto a suceder. Y sucederá mañana.

Y seguirá sucediendo, mientras yo tenga vida y pueda llegar hasta ellas, mis seres amados de otro mundo, allá donde todo es oscuridad y silencio.

Sí. Yo os amaré. Os amaré loca, desesperada, apasionadamente, mientras sienta en mis labios vuestros labios fríos, y mis brazos estrechen los helados cuerpos que la gente dice que no tienen vida... porque ellos desconocen esa otra vida que yo sé que existe...

Esta misma noche, cuando esté oscuro y desierto el cementerio... yo iré en su busca. Yo estaré allí. Con ellas, junto a sus tumbas.

Porque ellas me esperan. Ellas esperan siempre. Sin prisa. Pero con amor, con un calor que nadie conoce, que nadie ha descubierto jamás.

Allí estaré, y nadie podrá evitarlo. Nadie...

CAPITULO PRIMERO

Estaba asustada. Muy asustada.

Habitualmente, era una muchacha valerosa y decidida. Había que serlo para trabajar hasta altas horas de la noche y tener que regresar después del trabajo a su domicilio, viviendo donde vivía.

Para una mujer sola, joven y agraciada por añadidura, nunca resultaba del todo aconsejable vivir en una zona demasiado solitaria de una ciudad difícil y conflictiva como Los Angeles. Pero todavía resulta peor que esa zona se halle en las inmediaciones de un lugar tan poco tranquilizador como lo es un cementerio.

Y ése era, justamente, el caso de Jane Peters. Su apartamento de muchacha soltera e independiente se hallaba justamente en Santa Mónica, frente por frente a la zona ajardinada y silenciosa de Bel Air Cementery. De día, el tránsito era nutrido en el sector, especialmente por lo que se refería a automóviles, pero a aquellas horas de la madrugada, la soledad y el silencio eran habituales compañeros del taconeo ligero de la joven empleada, al regreso de su trabajo en el snack de Ringold, en Beverly Hills.

Pero en ella no era nada frecuente sentir miedo aun en aquella vecindad. Esta noche, sin embargo, era diferente.

Y lo era por un motivo muy simple.

Algo había cambiado en la rutina cotidiana de la vida de Jane Peters. Y ese algo era de momento ajeno totalmente a ella. Pero, sin embargo, le afectaba en cierto modo. El elementó básico de esa relación indirecta, era uno solo: el cementerio.

Un cementerio, para Jane, nunca había significado otra cosa que un lugar de respeto, recogimiento y recuerdo a los seres queridos que se fueron para no volver nunca más. Ella tenía experiencias en ese sentido.

Allá, en su tierra de origen, en Tennessee, negros y blancos hacían de la muerte un rito tradicional, emotivo y entrañable. Allí, en la pequeña ciudad provinciana de donde ella procedía, no se temía a los muertos. Sencillamente, se les recordaba y respetaba.

Esto era diferente. De pronto, el ámbito quieto, oscuro y recoleto de aquel apacible camposanto vecino, se convertía en algo ominoso, inquietante y sombrío. En un posible origen de terror.

Terror.

Y todo, ¿por qué? Sencillamente por unas pocas líneas en un periódico sensacionalista. Por el comentario trivial de alguien en el snack. Y por su propio miedo a todo ello.

Ni siquiera sabía a qué tenía miedo. Era algo de repente instintivo y hasta entonces no sentido. Era algo superior a ella misma, a su voluntad y a su buen criterio. Algo que no entendía. Pero que estaba allí, apoderándose de ella. Dominándola.

Eso, cruzando la avenida desierta, entre la arboleda y las amplias aceras recién regadas, donde los charcos de agua formaban oscuros y desiguales espejos para reflejo de las luces azules y crudas de la ciudad, era algo. En realidad, era mucho. La hacía sentirse incómoda, vacilante, medrosa. No estaba habituada a ello. Y lo notaba. Era como enfrentarse de repente a algo inconcreto y terrible que en cualquier momento podía surgir ante ella, materializándose de las sombras mismas de la noche, más allá de los globos de luz del alumbrado callejero.

Quizá, incluso, del cementerio...

Miró, aprensiva, hacia las suaves ondulaciones de césped más allá de la barrera arbolada y de la breve cerca. En aquel recinto se extendían cruces, pequeñas lápidas, e incluso algún que otro pequeño panteón de piedra blanca, pálido y fantasmal en las sombras.

—¿Por qué? —Musitó para sí—, ¿Por qué tengo que sentir miedo precisamente hoy y no antes? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Ella sabía lo que había ocurrido. Pero se resistía a admitir que un simple comentario periodístico, en un rotativo sensacionalista de la ciudad, unido a unas pocas palabras de un desconocido, hubiesen podido alterar hasta tal punto su equilibrio emocional.

Pero lo cierto es que era así. Las breves líneas del periódico tuvieron la virtud de iniciar sus temores. Luego, aquel desconocido había contribuido a aumentar su sensación de terror.

Podía recordar las líneas impresas con total fidelidad, mientras doblaba la esquina de Beverly Glen Boulevard. Y las recordó:

¿Qué sucede en los cementerios de Los Angeles? ¿Quién ha robado un cadáver de mujer y quién ha sido visto ultrajando una tumba de la que también faltaba el cuerpo de una joven sepultada, cuerpo que posteriormente ha sido hallado por la policía en un descampado próximo al camposanto? ¿Ladrones de tumbas, necrofilia... o vampirismo?

El comentario parecía tan absurdo como incoherente. Pero se había publicado en la página de sucesos de un importante diario de la ciudad. Y luego, había surgido aquel comentario estremecedor del desconocido cliente del snack de Ringold:

—Yo he visto a alguien deambular por entre las tumbas, en el cementerio de Bel Air, la otra noche. Luego, sonó una risa horrible, y la figura de un hombre enlutado se alejó con algo blanco y rígido entre sus brazos. Algo que parecía un ser humano, un cadáver en su mortaja... Desde entonces, nunca más he pasado por allí. Ni he denunciado el hecho a la policía. No quiero pasar por loco o visionario...

Y aquél era el cementerio de Bel Air, precisamente. El que ahora estaba frente a ella, con sus sombras, su extensión de césped y sus tumbas. Y, tal vez, también, sus horribles pobladores nocturnos, ya fuesen vampiros, profanadores de tumbas o cadáveres resucitados.

La idea la hizo estremecer. Apresuró el paso, y dobló la última esquina, la

inmediata al edificio de apartamentos donde se alojaba.

Justo entonces ocurrió.

El peligro se materializó ante ella. Jane Peters lanzó un grito de terror.

Y, sin embargo, el peligro no venía del cementerio. Estaba simplemente ante ella. Había surgido en la misma calle, en la amplia acera, bajo una farola de neblinosa luz.

Ellos no tenían nada de muertos. Ni de vampiros. Eran seres vivos, y bien vivos. Los conocía bien. Había muchos de ellos en la ciudad. Y en todas las ciudades.

Eran tres. Tres jóvenes de apretados jeans y camisas sin abotonar sobre el torso. Uno llevaba cazadora de cuero marrón, gastada. Tenían pelo largo. Dos de ellos esgrimían navajas automáticas. El tercero, bajó la cremallera de su pantalón soezmente ante la joven camarera, mientras reía de forma agresiva.

—Eh, preciosa, ¿te gusta? —alardeó, obsceno.

Y avanzó hacia ella, amenazador, mientras los otros dos individuos, armados de navajas, se situaban estratégicamente a ambos lados, flanqueándola y evitando cualquier intento de fuga.

Repentinamente, un frío sutil invadió a Jane. Ahora sabía la clase de riesgo que afrontaba. Y ése no tenía nada de fantasmal. Unos jóvenes la rodeaban, intentando lo más abyecto y soez que podían pretender un puñado de hombres de una mujer sola, en plena noche: la violación.

El de la cremallera abierta, estaba plantado ante ella, alardeando de su exhibicionismo con gesto sarcástico. Entretanto, sus ojos recorrían la figura esbelta y llamativa de la muchacha, y eran ojos que sabían desnudar con sólo proponérselo.

—Déjenme pasar —trató ella de que su voz sonara serena, firme, pese al nuevo pánico que se había apoderado de ella, ahuyentando todo otro posible terror a lo sobrenatural— tengo familiares y amigos que me esperan. Vivo ahí mismo. Si grito, acudirán todos.

—¿De veras, encanto? —Se mofó el exhibicionista, cada vez más cerca de ella—. Bien, ¿a qué esperas, entonces? Vamos, grita...

Antes de que ella lo intentara siquiera, una manaza de aquel tipo se cerró sobre su boca, apretándola rabiosamente, y ahogando todo posible sonido en sus labios. La otra mano, se engarfió sobre uno de sus pechos empezando a estrujarlo con jadeante avidez. Notó el contacto del cuerpo arqueado del hombre, contra el suyo, y la náusea la invadió.

Riendo, los otros dos muchachos aprovecharon el momento. Uno guardó su navaja, y se precipitó sobre ella, empezando a desgarrar su blusa con frenesí, para sepultar sus dedos febriles en la joven carne femenina. El tercero, mientras apoyaba el filo de la navaja sobre su cuello, avisó, sin dejar de manosear brutalmente sus nalgas y sus muslos:

—Un grito, un movimiento brusco, pequeña, y te corto el cuello...

Jane, en el paroxismo de su terror, incluso contuvo el aliento, en tanto las manos masculinas hurgaban todos sus puntos anatómicos, complaciéndose en

acariciar lascivamente sus zonas erógenas sin importarles el daño que pudieran causarla. Aquellos cuerpos se desnudaban de lo más preciso, para que ya el contacto no fuese solamente de sus manos, sino de otros puntos más sensibles y excitados de sus cuerpos, en fricciones rabiosas sobre la muchacha de ropas desgarradas. Jane notó que la empujaban contra el muro lejos de la luz en tanto ella presionaba con sus muslos, para impedir la violación brutal.

Pero ésta se consumaría de todos modos, ya que toda resistencia estaba imposibilitada por la amenaza de la hoja de acero en su garganta. Notaba los frenéticos esfuerzos de los jóvenes y salvajes agresores, pugnando por abrirse camino entre sus muslos, en tanto un tercero la obligaba rabiosamente a caer de rodillas sobre el asfalto.

No supo nunca cómo hubiera terminado todo, si de repente no hubiese llegado el fin de aquel horror inesperadamente, cuando al sentirse liberada de la humana mordaza, y antes de que pudieran amordazarla con otro procedimiento más hábil, exhaló un largo, agudo grito de asco, de terror, de exasperación.

El grito resonó en toda la desierta calle. E, inmediatamente, sucedió algo.

Algo que salvó a Jane Peters de una suerte atroz y nauseabunda, a manos de los agresores nocturnos.

Ese algo fue un repentino disparo de arma de fuego, que restalló como un trallazo violento en la madrugada. Luego, una voz bronca avisó:

—¡Alto! ¡Quietos todos, en nombre de la Ley, o tiraré a dar!

Los jóvenes violadores chillaron, furibundos, intentando escapar. Soltaron a la semidesnuda joven, que rodó por el mojado asfalto, casi desvanecida.

No llegaron muy lejos en su empeño. De ambos lados, surgieron hombres armados, bloqueando toda salida. Revólveres reglamentarios de la policía se cuidaron de encañonarles. Ellos, amedrentados, alzaron sus brazos con rapidez, gritando uno con voz aguda:

—¡No, no disparen! ¡No hemos hecho nada! ¡Esa fulana nos provocó! ¡Es una ramera asquerosa, y la muy zorra se exhibió ante nosotros...!

—Eso, ya lo aclararéis, llegado el momento —sonó una voz dura y fría como la arista de un diamante—. Esposadlos y llevadles a la oficina. Yo iré en seguida.

—Sí, teniente —afirmó uno de los agentes uniformados de azul—. Conocemos a esta clase de tipos. Especialmente a este gallito que alardea ahora de honesto. Antes de que usted se hiciera cargo de esta zona, teniente, ya lo tuvimos tres o cuatro veces entre rejas por cosas parecidas: asalto en despoblado a jóvenes solitarias, abuso de menores, venta de drogas en prostíbulos y cosas parecidas. Ah, a veces también acepta proposiciones de homosexuales maduros, cuando necesita dinero.

—¡Eso es mentira, agente! —bufó el jovenzuelo exhibicionista, cuyos atributos de virilidad contemplaba ahora con gélido sarcasmo el oficial de policía vestido de paisano—. ¡Sus malditos esbirros la tienen tomada conmigo, eso es todo!

—Se llama Harry —señaló otro policía, estudiando ceñudo al jovenzuelo y a sus dos compinches—. A los otros no los recuerdo. Pero ese de la cremallera abierta es Harry, el Macho. Le llaman así, no sé por qué.

Rieron los policías, ante la ira del jovenzuelo, cuyas muñecas estaban ya esposadas. El teniente se encogió de hombros con aire despectivo.

—Él sabrá —comentó—. No se le ve gran cosa, la verdad. Vamos, lleváoslos y encerradles hasta que llegue yo.

—¡Quiero hablar con mi abogado! —farfulló airadamente el llamado Harry.

—Claro, claro —asintió el oficial—. Leedle sus derechos y todo eso. Y luego interrogadle, antes de llamar a nadie. Dudo, incluso, de que tenga un abogado, por ruin que sea el peor de la ciudad. Maldita sea, por culpa de estos cerdos habremos perdido una oportunidad preciosa de dar caza al merodeador de cementerios, estoy seguro. Con el jaleo que se ha armado, sólo un idiota o un sordo seguiría ahí esperando. Nos habrá visto y oído desde el principio...

Los dos agentes de uniforme que habían esposado a la pandilla de violadores metieron a éstos a empellones en un coche-patrulla surgido silenciosamente de una bocacalle adyacente. Se quedaron en la acera la muchacha que estuvo a punto de ser víctima de los asaltantes, sollozando, presa de una aguda crisis nerviosa, mientras uno de los agentes, piadosamente, la cubría con su propia guerrera azul, y el teniente avanzaba unos pasos encendiendo un cigarrillo que puso en labios de la muchacha.

—Gra...gracias... —jadeó Jane Peters, fumando alteradamente y mirando al teniente de policía con expresión patética—. Dios mío, de no ser por ustedes...

Vale más que no piense en ello, señorita —el policía dirigió una ceñuda mirada a las sombras del cementerio, y luego hizo un gesto a sus hombres—. Ved si veis algo por allí dentro, pero no confío demasiado. Esta noche las cosas se han torcido. Ese maníaco debe de estar lejos, muy lejos de por aquí, si es que estuvo alguna vez...

Otros dos agentes, revólver en mano, se alejaron hacia el cementerio, con gesto no demasiado feliz. El oficial se quedó a solas con la muchacha y con el agente desprovisto de guerrera.

—¿Cree que hará falta una ambulancia, teniente? —indagó éste a su superior.

—No, será mejor llevarla nosotros mismos suspiró el policía—. Telefonee al doctor para que nos espere allí.

—Sí, señor —el agente tomó afectuosamente a la joven por los hombros —. ¿Quiere acompañarme, señorita? La atenderemos debidamente en el Departamento, esté tranquila. ¿Tiene familiares o amigos a quienes quiera avisar para tranquilizarles por su retrases en llegar a casa?

—No, no, a nadie —negó la joven suavemente—. Vivo sola... Es decir, con una compañera que trabaja a otras horas. Ni siquiera se enterará de mi ausencia. Creo que necesito estar lo más lejos posible de este horrible lugar.

No seguiré viviendo en él. Sabía que algo iba a ocurrir esta noche, pero nunca imaginé que fuese algo tan horrible...

—Ya nada tiene que temer —sonrió alentador el teniente—. Vaya con Howard. La atenderán debidamente. Yo estaré en seguida con usted..,

En otro coche-patrulla se alejó el agente con la alterada muchacha, en tanto el teniente se reunía con sus hombres, allá en el sombrío recinto del camposanto.

Avanzó sobre el blando y húmedo césped, su mano hundida en el bolsillo de su gabardina, donde llevaba el arma reglamentaria. Vio bailotear las líneas de luz de las lámparas de sus hombres, allá entre unas lápidas y cruces.

—¿Algo de particular? —indago en voz alta.

—Me temo que sí —respondió una voz—. Venga, señor. Aquí, en esta fosa...

El oficial de policía se estremeció, encajando las mandíbulas. Temía algo así. La noche no había sido tan improductiva como esperaba. Algo sucedía en el cementerio del Bel Air. Y mucho se equivocaba si no era alguna cosa desagradable.

Lo era, ciertamente. Pudo comprobarlo cuando liego junto a sus subordinados y descubrió lo que los haces de luz revelaban,

—Cielos... —articuló roncamente, clavando sus ojos en el suelo—. ¿Otra vez?

—Eso parece, teniente —asintió uno de los agentes con un suspiro,

—Y no se ve a nadie por aquí —la luz del otro barrió una amplia zona del cementerio, sin revelar otra cosa que las frías y desnudas formas de piedra—. Ha debido ocurrir hace, al menos, una hora o dos.

El teniente no respondió. Puso una rodilla en el césped. Tocó los bordes de la abertura rectangular. A un lado, yacía una losa blanca, con un nombre y una cruz inscritos en su superficie:

STACY JAGGER

Ni una fecha ni un detalle. Sólo eso. Arrugó el ceño.

—Es una tumba reciente —comentó—. Muy reciente.

—Sí, eso parece.

—Y no hay nada...

—Nada, señor. La fosa está vacía. Se han llevado féretro y cadáver. De eso no cabe la menor duda.

—Y nosotros vigilando alrededor. Sin ver ni oír nada. Se nos ha escurrido entre las manos no solamente un ladrón de tumbas, sino también un cadáver con su ataúd. Esto no tiene sentido. No ha podido suceder,

Pero lo cierto es que había sucedido. De eso, ni el teniente Humphrey ni sus hombres del Departamento de Policía de la ciudad de Los Angeles tenían la menor duda en estos momentos.

CAPITULO II

Lee Humphrey, teniente de policía de Los Angeles, recién adscrito a aquel Precinto de Santa Mónica, era posiblemente uno de los oficiales más jóvenes del Cuerpo. Habitualmente, vestía con decoro, eligiendo ternos oscuros y corbatas claras pero no estridentes. Sólo que a veces, su trabajo le exigía dejar las prendas tradicionales, para llevar simplemente unos tejanos gastados, una camisa sucia o una chaqueta de cuero.

Entonces, el joven teniente Humphrey podía pasar por cualquiera de los muchachos de vida irregular que deambulaban por la ciudad, bordeando los límites de la ley o bien transgrediéndolos repetidas veces. Eran cosas que había que hacer para cumplir cierta clase de trabajos. No se podía ir por ahí con una gabardina limpia y un aire de ejecutivo de empresa, si se quería penetrar en el mundo de los drogadictos, los proxenetas, las prostitutas o los homosexuales.

Esta vez, era diferente. No se enfrentaba a un delincuente normal ni rutinario, y lo sabía. Importaba poco la forma de vestir o los modales, cuando la presa a cazar era un posible psicópata dedicado a robar cadáveres de muchachas jóvenes, abriendo las tumbas de los cementerios más céntricos de la ciudad.

Cuando estuvo de regreso en las oficinas de su Departamento, acababa de tomar una cerveza y un emparedado de queso y jamón. Era todo lo que había metido en su estómago aquella agitada noche de vigilancia en las proximidades de Bel Air Cementery.

—¿Cómo está la chica? —preguntó a un agente de servicio que se llenaba un vaso de agua del depósito.

—No muy mal —suspiró el policía, meneando la cabeza—. Lo peor ya pasó. Hemos logrado tranquilizarla. Incluso se ha tomado un café y ha charlado un rato con el capitán Donovan.

—Vaya, eso está bien —asintió Lee jovialmente—. ¿Y los tipos esos que la atacaron?

—No dan su brazo a torcer. Siguen pidiendo un abogado. Y niegan que atacaran a la chica. Insisten en que ella les provocó, y que es una ninfómana sucia y degenerada.

—Ya hablaré yo con ellos —arrugó el ceño Lee Humphrey con dura expresión—. Y seguro que cambiarán de cantinela.

—Tenga cuidado, teniente —avisó el policía—. Ya sabe que al capitán no le gustan demasiado las violencias con los detenidos.

—¿Quién ha hablado de violencias? —rió entre dientes el joven oficial echando a andar hacia su despacho, haciendo que su interlocutor sonriera meneando la cabeza.

Ante la puerta encristalada de su pequeña oficina, se cruzó con dos hombres que salían de ella. Uno, era un hombre alto, delgado, con lentes de

montura metálica y rostro de universitario. El otro, en mangas de camisa, parecía un boxeador retirado. Llevaba este último un documento en su mano. Lee se detuvo. Les saludó con un ademán. Ellos le miraron.

—Hola, Lee —saludó el joven de aire estudioso, en cuyas cuidadas patillas crecían ya prematuras hebras plateadas.

—Hola, Carter —respondió el policía—. ¿Has examinado a la chica?

—Sí. Padeció un fuerte trauma, pero se está recuperando bastante bien. Es una chica animosa. De todos modos, le he dado un sedante para cuando vaya a dormir. Supongo que le pondrás alguien para vigilarla por esta noche. Al menos, para su tranquilidad.

—Claro. Ya lo había pensado. ¿Crees que puedo hablar un rato con ella sin empeorar su estado?

—Sí, puedes hacerlo —asintió el doctor Carter Larrabee, psiquiatra del Departamento de Policía, y amigo personal de Humphrey—. Pero no la atosigues demasiado.

—No pienso hacerlo, doctor —rió él entre dientes. Luego, clavó sus ojos en el hombre de rostro de pugilista—. ¿Algo nuevo, Avery?

—Mucho —asintió el otro, subordinado del teniente en el Departamento de Policía—, Y bastante malo, señor.

—Abrevia —frunció el ceño Humphrey—. Estoy habituado a oír cosas pésimas esta noche. Una más, no empeorará la situación.

—Le aseguro que sí, teniente —le tendió el escrito—. Es el informe del doctor Slater, el forense. Sobre el examen de la muchacha muerta que robaron del cementerio el otro día, y que fue hallada posteriormente en las cercanías.

—Vaya... —suspiró Lee, tomando el documento—. Esta noche tendrá más trabajo nuestro forense, Avery. El hecho se ha repetido con una tal Stacy Jagger.

—Cielos... —resopló el policía de rostro achatado, con un estremecimiento casi imperceptible, pero que no pasó desapercibido a ojos de su superior—. Maldito y sucio embrollo. No logro entenderlo, teniente.

—Yo tampoco —confesó Lee, echando una ojeada al informe forense—, ¿Es esto lo malo?

—Véalo por sí mismo, señor...

Lee no dijo nada. Lo estaba viendo ahora. Y comprendía a Avery. El también notó un escalofrío. Alzó la cabeza, seguro de que se había puesto pálido. Su amigo Larrabee se lo confirmó.

—Has palidecido, Lee —comentó el psiquiatra—, ¿Qué te ocurre?

—Compruébalo por ti mismo —resopló Lee, sintiéndose repentinamente enfermo—, ¿Qué te parece eso, Carter?

El doctor Larrabee clavó sus grises ojos en el papel, a través de los vidrios de sus gafas. Lanzó una imprecación. El escrito tembló en sus dedos, habitualmente firmes.

—Dios mío... —susurró—. No debería existir nada en la mente humana que pudiera extrañarme u horrorizarme a estas alturas, pero eso...

—Sí, entiendo cómo te sientes. Uno no se tropieza todos los días, afortunadamente, con un caso así. Es la primera vez en mi vida profesional en que me enfrento a un ser capaz de... de violar a un cadáver.

Y malhumorado, entró en su oficina, donde esperaba la joven Jane Peters tomando un café en un vaso encerado, cerrando tras sí con un portazo.

* * *

Jane firmó su declaración, tras haberla mecanografiado escrupulosamente el teniente Humphrey. En ella, ratificaba todo cuanto había referido en principio, relativo al asalto de los tres jóvenes, sin mediar la más leve provocación por parte de ella. Lee guardó el documento, y se quedó mirando a la muchacha. Una expresión de serenidad invadía el rostro de la que pudo ser víctima de una salvaje violación por parte del trío de rufianes.

Pero Lee, mientras hablaba, no podía dejar de pensar en otra violación donde la víctima no podía defenderse en modo alguno. Y donde el violador no podía ser en absoluto un ser normal, sino más bien una especie de monstruo pervertido y morboso de incalificable condición.

Pese a ello, ahora su tarea era tranquilizar a la muchacha con cuyo testimonio, cuando menos, llevaría a presidio por un tiempo a aquella escoria.

—Debe serenarse. Mi amigo, el doctor Larrabee, ese joven con aire de estudiante, es el psiquiatra del departamento, y trabaja a veces con el fiscal del distrito. La ha encontrado muy bien. Por otro lado, esta noche volverá a su casa acompañada, y uno de mis hombres vigilará junto a su apartamento, para que pueda dormir tranquila. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias —suspiró ella mirándole dulcemente con sus grandes ojos azules—. Pero en lo sucesivo, el regreso del trabajo va a resultarme muy duro. No podré olvidar lo sucedido esta noche... ni tampoco el miedo que me da la proximidad del cementerio.

—¿El cementerio? —Lee enarcó las cejas, interesado—. ¿Teme usted a los muertos?

—No exactamente a los muertos, teniente —sonrió ella con aire tímido y como si algo le avergonzara—. Más bien... a otra clase de seres.

—Como citó el cementerio...

—Es que eso tiene algo que ver con lo que me asusta. ¿No ha oído hablar de lo ocurrido recientemente en el Bel Air Cementery y también en el cementerio de Burbank?

—¿Sí lo sé? —Lee puso un gesto sarcástico—. Señorita Peters, tengo asignado ese caso, exactamente. ¿Le asusta la posible existencia de un maníaco ladrón de tumbas?

—No es eso lo que más me asusta. Es... la posibilidad de que ni siquiera sea un maníaco.

—¿Cómo? —se interesó vivamente Lee—, ¿Qué iba a ser, si no, un tipo que vacía tumbas y hace desaparecer cadáveres, señorita Peters?

—Pues... un vampiro —fue la increíble respuesta de ella.

Lee Humphrey se quedó mirándola en silencio. Pensó que se hallaba ante una jovencita dada a fantasear. Culpa del cine, de la televisión y todo eso, pensó para sí. Ella creía en vampiros. Y eso le daba más miedo aún que la presencia de un puñado de desaprensivos agresores de mujeres solitarias, o de un loco capaz de ultrajar el cadáver de una mujer, si bien este desagradable punto ella lo ignoraba totalmente.

—Un vampiro... —repitió Lee lentamente—. ¿Usted cree esas cosas?

—Nunca las había creído antes de ahora. Pero ella me lo dijo.

—¿Ella? ¿Quiénes ella, exactamente?

—Mi compañera de habitación. Ella ha visto al vampiro. Sabe que existe. Y es más. Dijo algo horrible, realmente espantoso.

—¿Qué dijo su compañera de alojamiento? —el interés del teniente iba en aumento a medida que hablaba la joven.

—Que el vampiro no se conforma con sacar de sus tumbas a las mujeres jóvenes y hermosas, sino que... además de eso... las posee, las hace suyas, después de muertas. ¿No es realmente atroz decir algo así?

Lee Humphrey parecía haberse convertido en una estatua de piedra. Estaba seguro de que si le pinchaban en ese momento, ni una gota de sangre hubiera brotado de sus venas.

—¿Quién... quién es esa compañera suya? —preguntó al fin roncamente—. Quiero decir, ¿cuál es su nombre y en qué trabaja?

—Ella tiene un empleo en un local extraño, un club nocturno llamado Bat’s Cave (*Cueva del Murciélago*), que cierra con el alba. Está situado en el barrio menos recomendable de la ciudad, pero eso no significa nada. Monna es buena chica, no una cualquiera. Sólo que es algo extraña. Y parece que aún lo es más desde que murió recientemente su hermana.

—Bat’s Cave, ¿eh? —Lee anotó mentalmente el nombre—. Curioso. Me gustaría conocer a esa amiga suya que cree en los vampiros. ¿Cuál es su nombre completo?

—Monna Jagger. Su hermana Stacy murió la semana pasada y reposa en Bel Air Cementery, precisamente...

* * *

El hombre estaba hundiendo su mano con envidiable agilidad entre los dos enormes promontorios de carne que eran los senos de la rubia.

Realmente, no resultaba difícil sepultar los dedos en aquel canal profundo y umbrío que se perdía entre los gigantescos pechos de la mujer. El tipo sudaba copiosamente, mientras su cuerpo flaco temblaba, a medida que recorría febrilmente aquellas turgencias relativamente duras u asombrosamente grandes que palpitaban bajo la blusa.

—¡Dios, qué senos tienes! —Se le ocurrió decir, con muy escasa imaginación—. Son dos auténticas bombas, nena.

—Ya lo sé —rió ella estúpidamente, con gesto bobalicón en su rostro de muñeca estereotipada, bajo la peluca rubia ostensible, hinchando cuanto pudo su torso para convencer al acompañante de turno de que, realmente sus glándulas mamarias estaban fuera de toda comparación.

Pero el hombre estaba disparado ya. Cualquiera de su clase hubiera estado igual en una situación así. Sus dedos, ahondando bajo la blusa de estridente raso rojo, llegaron al ombligo de la rubia.

—Eh, quietas las manos, que una copa no da para tanto, cariño —le avisó ella con cierta frialdad, aunque dejándose manosear sin objeciones—. ¿Vamos a un reservado, encanto, donde podrás palparlo todo a tu gusto... e incluso gozarlo más a fondo si lo deseas?

—Claro, claro... —jadeó el tipo, lúbricamente—. Donde quieras y como quieras, bombón.

—Vale, pero recuerda: debes dejar ahí el precio de la consumición en el reservado. Son cincuenta pavos, encanto...

—Sí, sí... —farfulló él, y quizá hubiera dejado con igual placer una sábana de cien, si ella se lo hubiera pedido. El hombre estaba al rojo vivo, y sus manos enfebrecidas palpaban ahora cuanto querían, sin que ella protestara. En vez de eso, se puso en pie, y su corta falda se agitó en torno a sus muslos y nalgas rotundos, mientras conducía al ingenuo de tumo al reservado de la planta alta.

Poco después, en un angosto recinto, entre cortinas, los jadeos y suspiros del hombre se entremezclaban con los gemidos de la falsa pasión de la rubia.

Una morena, vecina a la rubia, fumaba lentamente, sentada en otra mesa, sin compañero que llevarse a un reservado, como era allí lo habitual. Dominó dificultosamente un bostezo, y cruzó sus bien formadas piernas, enfundadas en medias de suave tono humo, que hacían juego con sus negras ropas de raso brillante. La falda, cortísima, dejaba ver no solamente sus redondeados muslos, sino también el inicio de sus bragas negras, caladas.

—¿Whisky, brandy, un combinado?

Se volvió. La voz sonaba a su lado. Su rostro ovalado, bajo los cabellos negrísimos, casi azulados, tan falsos como la rubia peluca de su compañera, reflejó cierta sorpresa. No había oído llegar a su compañero de mesa.

Le observó. Acababa de sentarse. Era joven, alto y delgado. Podía ser cualquier cosa, desde un funcionario hasta un corredor de apuestas. A ella le daba igual. Con tal de que fuese generoso...

—Whisky, gracias —respondió, serena—. «Bourbon», por favor.

—Claro —sonrió él—. Yo también.

Pidió las consumiciones. Miró de nuevo a la joven de pelo negro. Parecía particularmente interesado en sus pupilas color ámbar.

—Nunca me gustaron las chicas morenas —confesó al fin—. Pero sí los ojos de su color.

—Es muy amable. No soy morena, realmente. Voy a la playa frecuentemente, eso es todo.

—¿Y el pelo?

—Peluca, claro —rió de buena gana ella.

—Ya. ¿También la rubia de los grandes pechos lleva peluca?

—¿Lynn? —Se echó a reír, mirando a la escalera de los reservados—. Sí, claro. Es muy observador.

—Sólo con las chicas que tienen algo llamativo. Ella lo tiene —hizo un gesto ostentoso sobre su torso, y de nuevo hizo reír a la joven de la peluca negra azulada.

—De eso no hay duda —soltó la carcajada ella—. Han pasado bastantes chicas por aquí. Ella las gana a todas en medidas torácicas. Creo que tiene cuarenta y cuatro pulgadas. Algo tremendo, ¿no?

—Depende de cómo se vean las cosas —sonrió su compañero de mesa—. Particularmente, no soy partidario entusiasta de las mujeres con grandes pechos, pero admito que son un motivo erótico muy considerable.

—Puede esperarla. No creo que tarde mucho. El tipo que subió con ella parecía un novato. Seguro que se conformará con los pechos, y nada más. Hay muchos como él. '

—Ya —les sirvieron los «bourbon». El hombre observó la nota y puso un billete de veinte dólares sobre el plato, junto con una moneda de propina. Luego, clavó su mirada gris en la muchacha del cabello negro-azul—. ¿Eso es todo en este local? ¿No van más lejos los clientes?

—Eso, depende.

—¿De qué?

—De lo que esté dispuesto a pagar.

—Entiendo. ¿Hasta dónde llegan?

—Casi hasta todo. A veces, a todo. Eso, depende de las chicas. La mayoría ceden a lo que sea, si la tarifa les conviene.

—Es lo normal. Supongo que la rubia también...

—Claro. Como todas. Si ese tipo paga bien y quiere algo más que manosear dos tetas, o morder en ellas como un niño, llegará a donde sea, y Lynn cederá gustosa. He visto muchas veces las manchas de semen en el lugar donde ella estuvo sentada antes.

—Usted no se muerde la lengua, ¿eh? —observó el cliente.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se encogió ella de hombros, cansadamente—. Es lo habitual en sitios así. ¿O ha venido a rezas a un santo?

—No, por supuesto que no —él se tomó un sorbo de su «bourbon» con hielo y luego la volvió a mirar, pensativo. De su bolsillo sacó un par de billetes. Eran de cincuenta dólares cada uno—. ¿Y usted?

—Trabajo aquí, ¿no?

—Eso quiere decir que también llegará hasta donde sea. ¿O me equivoco en algo?

—Mire, le voy a ser sincera —ella aplastó su cigarrillo en el cenicero y se le quedó mirando francamente, con sus ojos ambarinos y fríos, repentinamente tan fríos como dos trozos del hielo que tintineaba en los vasos

de licor no menos coloreado de ámbar—. Llevo poco tiempo aquí. No he visto muchas cosas. No tengo un trasero provocativo, aunque sea firme y bien formado. No poseo unas tetas enormes, de las que gustan al americano medio, infantil y torpe, ni me he acostado con ningún cliente... hasta el momento. Más bien resulto flaca para todos los que vienen aquí. En suma, no soy su tipo. Además, no consentiría hacer cosas como las que hacen otras. Es decir meter la boca entre sus piernas para ciertos números sexuales, ni volverme de espaldas para que me hagan nada por detrás. Sencillamente, si hay que acostarse con un tipo que pague bien, lo haré. Eso entra en las normas de la casa. Desgraciadamente, hasta el momento, no he obtenido el beneficio de tales obligaciones, porque nadie me ha considerado lo bastante atractiva como para meterse conmigo en una cama o en un sofá de los reservados. Tengo un ultimátum de la empresa: o me acuesto con un tipo entre hoy y mañana, o tomarán medidas, ¿lo entiende? Todo lo más que he conseguido, es que un tipo me sobe y me ponga los ojos en blanco al sentir su orgasmo. Luego, ha pagado y se ha ido, el muy cerdo, sin intentar más. ¿Está eso bien claro?

—Como la luz del día —aceptó él—. ¿Por qué me cuentas eso? Se supone que yo podría ser un posible cliente. No te haces demasiada propaganda.

—Digamos que no deseo que exista un cliente así. O que sé que tú no vas a serlo.

—Pues te equivocas en lo segundo. Lo primero... depende de ti —rápido, puso el dinero en su mano—. Vamos arriba. ¿Cómo te llamas?

—Monna, Monna Jagger. ¿Y tú?

—Lee, Lee Humphrey —dijo él fríamente, poniéndose en pie.

CAPITULO III

—Bueno, ¿a qué esperas?

La miró con fijeza. Era difícil responder a eso.

Ella estaba en la posición en que un hombre no acostumbra a usar palabras para dar ciertas respuestas. Sus ropas habíanse abierto lo suficiente sobre un par de pequeños, duros y jóvenes senos que, quizá, no significarían nada para un obseso dominado por fascinaciones mamarias, pero que resultaban virginales y suaves como dos leves promontorios de alabastro, rematados en pequeñas y rosadas fresas.

La falda breve, negra y satinada, remontaba unos muslos ligeramente delgados, de curva sin embargo bien moldeada, larga como sus pantorrillas. Entre ambos, una botella de champaña apenas iniciada, y dos copas donde agonizaban lánguidamente las burbujas.

—Lo siento, Monna —dijo Lee tras un silencio—. Creo que te he engañado miserablemente. Yo tampoco seré quien rompa tu virginidad en este lugar.

—¿Qué te ocurre? —los ojos ambarinos centellearon—. ¿Tan mal estoy?

—No seas tonta. Eres la clase de chica que volvería loco a cualquier hombre normal, sin obsesiones sexuales de ningún tipo.

—¿Y tú no eres normal?

—No sé si lo seré. Pero tú serías la clase de chica con quien yo correría una aventura.

—Bien. Aquí me tienes. Has pagado. Soy tu aventura. ¿Qué más quieres? Ya te dije que yo no soy de las que se arrodillan ante un tipo para hacerle juegos malabares con la lengua...

—Calla. No digas tonterías. Yo no buscaría eso con una chica como tú.

—¿Entonces...?

—Pero tampoco esto. Te he engañado. Lo siento.

—Oh, no. No me digas que eres... marica.

—¿Marica yo? —Lee se echó a reír—. Cielos, no.

—Pues entonces, no lo entiendo —confesó Monna Jagger, perpleja, rozando mecánicamente los botones rojos de sus senos con los dedos, en un jugueteo que los iba poniendo erectos.

—Es fácil de explicar. Tu empresa ya no podrá despedirte. Has cumplido con lo que exigían. O al menos, eso parece. Ellos cobraron su parte, que es lo que les importaba — miró en torno, a los muros decorados como los de una auténtica cueva sombría, con telarañas de plástico, luces rojas, e incluso las falsas formas de unos murciélagos negros, confeccionados con materiales sintéticos—. Pero vendrá otra vez. Y otra. Y otra más. Y no encontrarás un cliente que, como yo, trate de ayudarte a conservar este empleo. ¿Por qué no le dices adiós y te largas de aquí, de una vez por todas?

—No... no puedo —susurró ella débilmente, eludiendo su mirada.

—¿Por qué no? —suavemente, puso Lee una mano en su muslo satinado—. Eres dueña de tus actos, ¿no? Hay muchos otros locales en Los Angeles, mil veces mejores que éste, donde una chica puede alternar, sin necesidad de verse obligada a acostarse con nadie.

—Lo sé. Pero no es fácil encontrar trabajo.

—Yo podría encontrártelo.

—¿Tú? —pestañeó, mirándole—. ¿Por qué habrías de hacer eso por una chica que ni siquiera conoces? Para ti, sólo soy un cuerpo de mujer que has pagado y que ahora no quieres disfrutar.

—Puede que seas algo más que eso.

—No me digas que eres uno de esos sentimentales románticos que se enamoran de la primera chica desvalida que encuentran en su camino.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces, cada vez lo entiendo menos. ¿Por qué quieres ayudarme, Lee?

—Tengo mis razones, ¿Vas a dejar esta covacha y venir conmigo? Te puedo presentar a alguien que te dará un trabajo más decente.

—Ya te dije que no puedo.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene más del que te figuras. Cuando te dije que no era fácil encontrar trabajo, no me refería a este preciso momento, sino a cuando obtuve el que tengo aquí. Para conseguirlo, tuve que firmar un contrato. Y ahora debo cumplirlo.

—Un contrato se puede anular.

—No éste.

—¿Por qué no?

—Es... especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—No puedo irme sin más ni más. Debo dinero a la empresa. Me prestaron una suma para... para los funerales de mi hermana —bajó la cabeza tristemente—. Murió hace sólo una semana...

—Entiendo. Lo siento.

—Ella era diferente. No trabajaba en sitios así. Pero también tenía problemas económicos. Cuando murió, no dejó un solo dólar. No tenía seguro. Tuve que costear los gastos de su entierro. Ellos me prestaron el dinero.

—¿Ellos?

—Sí... Mis empresarios.

—Ya. ¿Fue tanto dinero como para no podérselo devolver?

—Fue bastante, sí. El empresario de este local tiene también un negocio de pompas fúnebres. Me ofreció un bello funeral a buen precio. Incluso con embalsamamiento incluido. Quise dar ese último regalo a mi pobre hermana. Y accedí. Firmé una cláusula especial, mediante la cual me comprometía a trabajar aquí hasta devolver totalmente la suma prestada por el importe total de las honras fúnebres.

—¿A cuánto asciende ese importe?

—Eran tres mil quinientos dólares.

—Una buena suma —silbó entre dientes Lee—. Digna del funeral de un faraón.

—Oh, por Dios, esto no tiene sentido —meneó ella la cabeza—. Venimos a este reservado a hacer el amor... y nos encontramos de pronto hablando de difuntos, funerales y todo eso.

Inesperadamente, Lee le disparó una imprevisible pregunta:

—¿Crees en los vampiros, Monna?

Ella se quedó boquiabierta. Le miró con repentino terror. Se tornó pálida. Incluso con las desvaídas luces rojas era eso perceptible. La voz que brotó de sus labios fue apenas un murmullo:

—¿Qué... qué es lo que has dicho?

—Hablé de vampiros —sonrió Humphrey, señalando las figuras de los murciélagos de plástico negro—. Aquí nos rodean varios, aunque sean artificiales.

—Cielos, no digas eso —tembló ostensiblemente y humedeció los labios con la punta de la lengua—. Esos sólo son... murciélagos.

—Murciélagos y vampiros son algo muy parecido. ¿O tú crees que me refería a otra clase de vampiros?

—No... no sé. ¿Por qué me preguntaste eso?

—Por nada —Lee se encogió de hombros. Cambió bruscamente de tema —. ¿Quién es el empresario de este local, Monna?

—Hay dos. Pero el que trata con los empleados y dirige el negocio, es Keith Starr.

—¿Y el socio?

—No sé. No lo conozco. Nunca viene por aquí. Ya te dije que Starr es el que se ocupa de todo. ¿Por qué te interesa eso?

—Quería saber quién era el hombre que te retenía con un contrato tan especial. ¿Dices que él regenta también un negocio fúnebre?

—Sí, el Sweet Last Home (*Ultimo Dulce Hogar, parodiando el término de «Hogar, dulce hogar».*). Es una empresa de lujo. Costosos ataúdes, lápidas de mármol, embalsamamientos, cámara ardiente suntuosa...

—Oh, por Dios, no sigamos con eso —se exasperó de repente, poniéndose en pie, con sus desnudos pechos vibrando ante el rostro de Lee. Se sentó sobre sus rodillas y su mano acarició la pierna del joven policía, subiendo hacia sus ingles suave y audazmente—. Hagamos el amor, Lee, y olvidemos todo eso tan desagradable y sombrío...

—Espera —suave pero firme, aferró la mano acariciadora de Monna, y la apartó de su entrepierna—, ¿Tanto miedo te da tu empresario, hasta el punto de entregarte a mí cuando no lo deseas realmente?

—Sí, Lee, sí lo deseo —casi sollozó ella, besando, mordiendo su cuello, el lóbulo de su oreja, buscando luego sus labios para estrujarlos con un beso candente y hundir el estilete acariciador de su lengua en la cavidad bucal de!

teniente de policía—. Bésame, tócame... Acaricia mis pechos, mis muslos, mi cuerpo todo. Deseo sentir tus dedos en mi piel, tu contacto. ¡Lee, tómame, por el amor de Dios! Necesito ser mujer, sentir lo que es un hombre. Me gustas, me gustas...

Era una muchacha cuyo fuego se contagiaba. Lee tuvo que mantener una fría serenidad, un poderoso control de sí mismo, para que, al oprimir ella sus manos y llevarlas a sus pezones y luego a su vientre, a los rizos de su pubis dorado oscuro, no olvidase todo lo que allí le había llevado, y se entregase al ardor apasionado del contacto sexual.

Aun a riesgo de parecer realmente extraño o algo peor a ojos de ella, se puso bruscamente en pie, sujetándola por las caderas y nalgas para evitar que cayera, y fue casi abrupto al hablar:

—No, Monna. No sigamos. No he venido a esto. Ya te dije que te bastará con parecer que realmente has tenido relación sexual conmigo. No pueden exigirte más.

—Sí pueden, Lee, ¿es que no lo entiendes? —Gimió ella—, ¿Qué clase de hombre eres que no logro despertar tus instintos? ¿Valgo tan poco, o es que, realmente... no eres un hombre normal? Ellos pueden saber que yo no hice nada contigo. Tienen vigilancia sobre cada reservado, y pueden...

La muchacha no terminó sus palabras. Pero, evidentemente, tenía toda la razón. Sólo así se explicaba que, de modo brusco, se abriese la puerta y aparecieran dos fornidos individuos de smoking, dos «gorilas» capaces de tumbar al más pintado. Se quedaron erguidos en la entrada, Monna Jagger lanzó un grito ronco de temor, y uno de los tipos habló fría y duramente, dirigiéndose a Lee:

—Eh, amigo, será mejor que se largue ya. Su tiempo terminó. La chica se queda aquí.

—Dios mío, no... —gimió ella—. Me destrozarán. Conozco sus métodos. Lee, vete, por favor. Deja que sea yo la que pague las consecuencias. Vete.

—Escuchen, amigos —silabeó Lee, encarándose a los dos individuos—. No me gusta que cuando estoy con una chica a solas me espíen, me vigilen y, además, quieran echarme de donde he pagado a buen precio. De modo que será mejor que salgan por donde vinieron, y si espían este reservado, se olviden de él por el resto de la madrugada, ¿entendido?

—Mire, palurdo, nosotros no aceptamos órdenes de nadie —se envalentonó el que llevaba la voz cantante, apretando sus respetabilísimos puños—. Además, para lo que estaba haciendo con la chica, igual puede meterse en un cine porno y ver una película. Vamos, si es que realmente no le asusta ver a una mujer en pelotas.

Su compinche rió la gracia. Lee Humphrey entornó los ojos.

—Fuera —avisó con frialdad—. Es el último aviso que les doy, bastardos.

—¿Oíste eso, Solly? —graznó el tipo, avanzando un paso hacia Lee—. Se cree valiente y todo. Bueno, nosotros ya dimos nuestro último aviso. Ahora, no se queje a nadie por lo que va a pasar.

Avanzaron resueltamente hacia él. Monna trató de interponerse.

—¡No! —chilló—. ¡No le hagan nada! ¡El no tuvo la culpa, fui yo la que habló de más!

—Apártate, encanto. Cuando terminemos con este marica amigo tuyo, vas a tener tu ración. Seguro que necesitarás un puñado de buenos filetes de vaca si quieres que tus ojos se deshinchen pronto...

Lee Humphrey era un hombre frío y sereno. Estaba habituado a situaciones mucho peores que ésta. Le hubiera bastado ahora con mostrar su placa para convertir a aquellos patanes en dos angelitos obedientes y sumisos. Pero él tenía sus propios métodos con cierta clase de gentuza. Y con éstos utilizó los que reservaba para la peor escoria de la ciudad.

Dejó que estuvieran cerca de él, flanqueándole con la clara intención de empezar a machacarle con aquella especie de mazos que tenían por puños.

Apenas movieron sus brazos para empezar la que imaginaban fácil y demoledora paliza, Lee Humphrey entró en acción con vertiginosa rapidez.

Su brazo izquierdo bloqueó uno de los golpes dirigidos a su rostro, y disparó simultáneamente su diestra con la precisión y potencia de un cartucho de dinamita hacia el mentón del «gorila». Este saltó atrás como impulsado por un resorte poderoso, yendo a estrellarse en un muro de falsas estalactitas, donde saltaron en pedazos los vidrios rojos de una bombilla, en medio de un seco estallido.

Para entonces, ya el segundo matón del Bat’s Cave, había visto con sorpresa cómo su puño se perdía en el vacío, tras una finta rápida de su antagonista, que inmediatamente pasó al contraataque, alzando su pierna, cuya rodilla se clavó, demoledora, en las ingles del tipo. Este debió de sentir algo así como si le aferraran los testículos con un cascanueces, porque chilló como un cerdo degollado, puso los ojos en blanco e, instintivamente, bajó la cabeza para aferrarse el lugar dolorido.

Lee aprovechó ese instante para alzar su zurda y soltarle un mazazo brutal en la nuca, que derribó al hombretón como un toro herido de muerte. Se quedó quieto, a los pies de Lee, mientras los ojos de Monna, muy abiertos y llenos de asombro, seguían la desigual pelea de imprevistos resultados.

Ya el primer luchador se había recuperado de su aturdimiento momentáneo y, algo torpemente, se desasió de una telaraña de nylon que se enredaba en su rostro y pelo, para rugir algo soez entre dientes, u moverse hacia Lee con pesadez.

Pero en esta ocasión, no recurría ya a sus puños, al advertir que tal arma no era eficaz para su enemigo. Chascó algo en su mano, y una lengua rígida de acero centelleó en las penumbras rojizas del reservado.

La navaja automática silbó, buscando el abdomen de Lee. Este paró el tajo con una silla, enarbolada rápidamente, sobre la cual fue a clavarse fuertemente la hoja de afilado acero.

—Cerdo... —silabeó Lee entre dientes. Y luego, estrello la silla en la cabeza simiesca del individuo.

Monna gritó, asustada, al ver que la silla se hacía añicos, saltaban sus astillas, y los cabellos del tipo se teñían de rojo, chorreando la sangre por su aplastada cara.

—¡Dios mío, no! —gimió ella, angustiada—. ¡Le has matado!

Y, ciertamente, como muerto rodó por el suelo, hasta quedar inmóvil. Lee jadeó, meneando la cabeza:

—No, no le he matado. Estos tipos tienen la cabeza dura.

—Vete, te lo ruego. Si Starr se entera de esto, es capaz de llamar a la policía...

—Tengan por seguro que lo haré —dijo el hombre que ahora aparecía en la puerta, con expresión glacial.

Y empuñaba una pistola automática, con la que encañonó resueltamente a Lee, mientras contemplaba, ceñudo, los cuerpos de los dos «gorilas».

—¡Starr! —musitó ella, aterrorizada—. No haga eso, por favor. El no tuvo la culpa. Fue cosa mía. Luego, sus hombres le quisieron golpear...

—Sé lo que pasó. Como sabes muy bien, pequeña, para algo existe el circuito cerrado de televisión conectado a todos los reservados. Tengo todo el videotape de lo ocurrido y lo hablado aquí esta noche.

—Eso es ilegal, amigo —jadeó Lee Humphrey—. Seguramente usa tales grabaciones para chantajear a clientes ricos y comprometidos, a quienes no les conviene ser vistos con chicas aquí dentro. Pagarán bien por ese videotape, no hay duda.

—Ese no es asunto suyo. Bastante tendrá con tratar de explicar a la policía por qué golpeó tan brutalmente a mis hombres. Seremos muchos a testimoniar contra usted. Y no espere que ella le apoye. Sabe que no puede hacerlo. Ella es mi empleada, y hará lo que yo diga. O le costará caro.

—Eso también es ilegal, Starr. Coacción y amenazas. Falso testimonio y una clara intromisión en la intimidad de su clientela.

—Trate de probar eso ante la policía —rió huecamente Keith Starr, el hombre alto, flaco y de rostro tristón y ojos fríos como los de un reptil que dirigía oficialmente el establecimiento.

—No hace falta —suspiró Lee Humphrey—. Yo soy la policía.

—¿Qué... qué dice? —tartajeó, sin entender.

—No cometa el error de disparar —avisó Lee—. Voy a sacar mi placa y mi credencial del bolsillo de la americana. Soy el teniente Lee Humphrey de la policía de Los Angeles.

Y ante la pasividad estupefacta de Starr, que de repente parecía haberse convertido en piedra, metió los dedos en el bolsillo, y tiró sobre la mesa su placa y su credencial. Monna las contempló asombrada, y la palidez se extendió por el rostro, repentinamente inseguro, de Keith Starr.

—Un policía... —susurró Monna Jagger—. No entiendo...

—Déme su arma, Starr. Por su bien espero que tenga licencia para su uso —extendió Lee la mano con frialdad—. Luego hablaremos del resto. Voy a llamar al Departamento. Mientras tanto, será mejor que se me pierda de vista.

Hay unas cuantas cosas que van a costarle caras, Starr.

—Eso lo veremos, polizonte —silabeó el otro, recuperando en parte su perdida compostura—. Lo veremos...

* * *

Y lo vio, ciertamente.

Por desgracia para él y para la policía de Los Angeles, Keith Starr tuvo razón. No pudo hacerle gran cosa.

Un montón de buenos abogados les trajeron de cabeza durante las pocas horas que estuvo detenido el empresario de Bat’s Cave en el Departamento.

Por fin, el propio capitán Donovan dio la orden de libertad. Y le explicó sus razones al irritado teniente Humphrey:

—Lo lamento tanto como usted, teniente. Pero los abogados de ese individuo son tajantes. No hay base sólida para mantenerle arrestado. O presentamos una acusación formal por algo, o le dejamos libre. De todo lo que podemos acusarle , es de intromisión en la vida privada y en el mantenimiento de un sistema de prostitución disimulada en su club nocturno, pero eso no bastará, porque tiene asignada libertad bajo fianza, ya que las mujeres de Bat’s Cave, incluida Monna Jagger, son mayores de edad. De modo que tras el depósito de cinco mil dólares de fianza, puede salir libre. Y ese dinero ha sido ya depositado por los abogados Myer & Myer.

—¿Myer & Myer? —repitió Lee, arrugando el ceño—. Son abogados caros e importantes, capitán.

—Claro que lo son. Abogados personales de muchos políticos, entre ellos. Gene Diamond.

—¿Gene Diamond, el senador por California?

—El mismo.

—¿Tiene él algo que ver en esto?

—Se supone, pero legalmente no valen las suposiciones. Su hermano, Lester Diamond, es socio de Keith Starr en el negocio de pompas fúnebres Last Sweet Home.

—Empiezo a entender —Lee se apretó las narices entre índice y pulgar—. Y esto apesta, capitán.

—Lo sé. Pero no puedo hacer nada. Debo ordenar la libertad del detenido. La es la ley, teniente. ¿O tiene algún otro cargo más sólido contra él?

—No creo. ¿Posee licencia de armas?

—Sí, la tiene. Recientemente, pero la tiene.

—¿Y sus gorilas? Me atacaron con un arma blanca...

—Han confesado que obraron por propia iniciativa. Se les puede procesar. A ellos, no a Starr.

—Entiendo —Lee puso un gesto sarcástico—. El queda fuera de todo.

—Acostumbra a suceder así, cuando alguien tiene agarraderas, teniente. Creí que habría aprendido eso antes de llegar aquí.

—Lo aprendí. Pero no me acostumbro fácilmente al hedor de la basura.

—A sus años, yo tampoco me acostumbraba —resopló el hombre macizo y rudo que parecía ser el capitán de policía Nelson Donovan—, Bien, teniente Humphrey. Es todo. Haga que Starr salga libre. No hay otro remedio.

—Sí, por supuesto —se encaminó a la salida, con gesto agrio— ¿Y qué hay sobre los cadáveres desenterrados, señor?

—Me temo que nada. De todos modos, el doctor Slater estaba ocupado en la autopsia del cadáver últimamente extraído de su tumba, el de Stacy Jagger. No sé aún los resultados.

—¿Y Monna Jagger?

—Está con Avery Crane en su oficina. Presta declaración No sé nada más al respecto. Mire, teniente, son las diez de la mañana, y aún no me he ido a dormir por culpa de su maldito caso. ¿Puedo ya retirarme, seguro de que no se sacará de la manga otros arrestos tan complicados como el de Keith Starr?

—No lo sé. Supongo que puede irse, capitán —Lee se encogió de hombros —. Me parece que ya todo da lo mismo si hemos de soltar a ese tal Starr.

—Pero veamos, teniente, ¿qué tiene contra él, siquiera sea de modo personal?

—No lo sé. Pero trafica con chicas bonitas a las que ata con leoninos contratos. Y, por otro lado, una de las chicas cree en vampiros.

—¿En qué? —farfulló el capitán Donovan, asombrado.

—No, nada —suspiró Lee, abandonando el despacho con aire de perro apaleado.

En su oficina le esperaba el doctor Slater, forense del Distrito. Bostezó al verle, y le tiró sobre la mesa un papel mecanografiado.

—Ahí tiene mi informe —gruñó, poniéndose en pie y desperezándose—, Estoy harto de este trabajo. Me voy a dormir. ¿Algo más, teniente?

—No, gracias refunfuñó Lee—. Todo el mundo se va ya a dormir.

—¿Usted no?

—Aún no lo sé. Depende de su informe. Y de otras cosas doctor. ¿Hay algo especial en esa autopsia?

—Algo, sí. Algo que, desgraciadamente, empieza a ser demasiado habitual. Y que me produce náuseas. A la pobre chica muerta... Bueno, abusaron de ella después de muerta. Hay semen en su boca y en su sexo. Algo horrible, nauseabundo.

—Bueno, bastan detalles —se estremeció Lee—. ¿Es reciente?

—De esta misma noche. Desenterraron el cuerpo y lo ultrajaron. Por fuerza ha de ser un monstruo, un ser depravado y enfermo.

—O un vampiro, ¿no? —rió Lee con agrio humor.

—Un... ¿qué? —el doctor Slater se volvió hacia él cuando ya estaba en la puerta de la oficina.

—Dije «un vampiro». ¿De qué se extraña?

—Vampiros... —el médico forense meneó la cabeza—. Nunca creí en cosas así, teniente, ni creo que usted las crea. Pero me hizo pensar de

repente...

—¿Pensar en qué?

—En las señales.

—¿Qué señales?

—En el cuello de la muerta. Ella tenía señales de dos orificios, de dos incisivos, en apariencia...

—¿Recientes? —se excitó de pronto el teniente Humphrey.

—No, claro que no. Resecos, casi inapreciables. Databan sin duda de antes de su muerte. Parecían dos aguijonazos de insecto, o cosa parecida. Quizá dos pinchazos. Pero usted me hizo pensar en... en esa tontería de los vampiros. No tiene sentido, claro.

—¿Notó si el cadáver de la otra chica desenterrada y violada tenía algo parecido en el cuello?

—Pues no recuerdo, pero... —se detuvo, pensativo. Su rostro se ensombreció primero, para después revelar cierta perplejidad. Alzó una mano —. Espere, teniente. Tengo el informe completo en el laboratorio. Iré a repasarlo. Le llamaré más tarde.

Se ausentó el forense de su despacho. Sólo tardó diez minutos en llamar. Como Lee temía, la respuesta fue la que él estaba imaginando.

—Sí, teniente. También esa chica tenía dos orificios... anteriores a su muerte. ¿Quiere decirme qué diablos ocurre?

Cuando lo sepa, se lo diré —fue la respuesta de Lee, antes de colgar.

Luego, se encaminó directamente a la oficina del agente Avery Crane, que estaba interrogando a Monna Jagger.

La joven sollozaba ahogadamente cuando él entró. Crane estaba escribiendo a máquina rápidamente. Al entrar Lee, ella le miró patéticamente y aumentó el tono de sus sollozos' Crane se detuvo en su furioso tecleo de la máquina. Contemplo a su superior con aire atribulado.

—Cuando se lo diga, teniente, no se lo va a creer —dijo.

—¿Ha hablado ya de los vampiros? —indagó Lee, como respuesta.

Avery Crane boqueó, estupefacto, y luego se puso en pie encendiendo un cigarrillo con aire furibundo. Paseó por la estancia, a espaldas de la chica.

—No sé cómo supo eso, teniente. Pero sí, habló de vampiros —escupió un salivazo que, afortunadamente, golpeó su blanco—. Maldita sea, ¡vampiros! ¿Se da cuenta, teniente? ¡Vampiros en el siglo veinte! Y no es una película de terror m nada de eso. Pero... pero usted sabía ya...

—No sé nada —suspiró Lee—, Sólo intuyo. ¿Qué dijo ella, Crane?

—No mucho. Pero suena a locura. Bat's Cave es un nido de adoradores de Satán. Hacen orgías, misas negras y todo eso. Hay quienes beben sangre humana, otros que cometen actos sexuales en nombre del Diablo... Una tal Vanessa Vincent es sacerdotisa suprema de la secta. Canta y danza en Bat's Cave, pero sólo las noches en que hay aquelarre. La noche antes de morir, Stacy Jagger estuvo en una de esas sesiones. Ella no puede probarlo, pero está segura de ello porque su hermana se lo dijo antes de ir, rompiendo el secreto

inviolable a que la obligaron previamente. Por otro lado, Keith Starr bebe sangre humana o animal en esas orgías. Y luego se mete en un ataúd, entre sábanas negras, canta letanías... y dicen que se va a los cementerios en plena noche. Monna Jagger tiene una carta de su hermana, sin terminar, que ella escribió la noche de su muerte, y que sin duda pensaba seguir al otro día, relatando el resto de la bacanal satánica. Sólo que nunca existió para ella ese otro día. Murió en la madrugada. De un ataque cerebral. Dicen que la muerte acostumbra a no permitir que nadie revele los secretos de los ritos de Satán. Y parece que en ese caso se cumplió.

—¿Monna Jagger tiene esa carta en su poder, aunque sea inconclusa? —indagó Lee vivamente.

No fue el agente Crane quien respondió, sino la propia Monna, con voz apagada y lejana:

—Sí —dijo—. Tengo esa carta, teniente...

Humphrey tomó una rápida decisión. Trazó unas líneas en un papel y se lo entregó a Avery Crane.

—Toma —dijo—. Es para que retengan en su celda a Keith Starr. Esta vez, la acusación no será por infracciones en su club nocturno, sino por sospecha de homicidio. Dile eso al capitán Donovan. Y añade que me hago responsable de todo a partir de ahora.

—Está bien —resopló Crane, dubitativo—. Usted sabrá lo que hace. Y lo supo.

Vaya si lo supo. Sólo cuatro horas más tarde, cuando el sol brillaba con fuerza sobre Los Angeles, el Departamento de Policía tenía que soltar a Keith Starr, presentándole toda clase de excusas.

En la puerta, dentro de un largo automóvil oscuro, le esperaba el propio Lester Diamond, su socio, hermano de Gene Diamond, senador por California.

Las palabras del capitán Donovan a Lee Humphrey fueron más duras de todo lo previsible:

—Lo siento, teniente. Ha cometido dos errores seguidos. Eso es demasiado en mi departamento. El senador Diamond no parará ahora hasta hundirme. Retírese del caso en el acto, Y es una orden. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, señor —asintió Lee fríamente—. Pero ahora recuerdo que tengo pendientes mis vacaciones de este año. Preferiría tomarlas ahora. Eso me ayudará a ver más claro... y a serenar mis nervios.

—Está bien —fue abrupto su superior, intencionadamente—. Concedidas. Pero no se meta en nada. Recuerde que si me crea otro problema, pediré que le expedienten y le aparten de mi División, ¿ha comprendido?

—Claro, señor. No soy sordo ni tonto —dijo Lee, camino de la puerta—. Hasta dentro de quince días. Es todo lo que tengo pendiente para descansar.

—Dios quiera que no vuelva a verle en ese tiempo, teniente Humphrey —fue la respuesta del capitán Donovan.

CAPITULO IV

—Lo siento, Lee —manifestó el doctor Larrabee, paseando cabizbajo por delante del teniente Humphrey—. Tenía que hacerlo, ¿lo entiendes?

—Desde luego, Carter. No te he reprochado nada.

—Pero puedo leer ese reproche en tus ojos —suspiró él, meneando la cabeza con desaliento—. Eso ha tirado por tierra tus planes, ¿no es cierto?

—Sí, pero tú no podías hacer otra cosa. Eres psiquiatra de la policía, y tenias unos datos que no podías esconder. De todos modos, llegado el momento del proceso, hubiera sido peor. El abogado de ese maldito Starr hubiera sacado el asunto a colación, destrozando a nuestro testigo y provocando un infarto en el fiscal. Es mejor que haya ocurrido ahora, a fin de cuentas.

—Posiblemente si —el joven psiquiatra se sentó delante de Lee, con expresión ceñuda—. ¿Tú no sabías eso?

—No, no lo sabía. ¿Cómo podía imaginar que Monna Jagger había estado internada en un centro psiquiátrico, y que fue motivado su desequilibrio psíquico porque alguien la atacó en un cementerio..., violándola brutalmente?

—Eso es algo que ella ocultó en su declaración a la policía. Parece ser que no quería recordar nunca lo sucedido. Pero tras el trauma que eso supuso en su vida, todo lo que diga resulta poco sólido para un tribunal porque vive obsesionada por ciertos hechos tremendamente macabros que pueden haber influido en su conducta, haciéndola ver lo que no es.

—¿Tú piensas así, Carter?

—Importa poco lo que yo piense ahora —gruñó Larrabee quitándose las gafas y empezando a limpiarlas con cierto nerviosismo—. La defensa podría presentar una docena de testimonios médicos que se opusieran a cuanto yo dijese, y obligaran a pasar a esa chica por muy duras condiciones y pruebas psiquiátricas, que sólo conducirían a su derrumbamiento psíquico y moral.

—Violada... —Lee se puso en pie y fue ahora él quien comenzó a dar paseos, como un tigre enjaulado™. Violada en un cementerio, al oscurecer. Pobre Monna... Y ella ni siquiera lo mencionó una sola vez.

—Según su ficha médica sufrió un fuerte shock y tardó meses en reaccionar de él. Había ido a visitar la tumba de una amiga, se le hizo oscuro en el cementerio, y cuando salía de él fue atacada por un desconocido y derribada en un punto solitario, donde se consumó la violación, al perder ella parcialmente el conocimiento. Según su declaración de entonces, el agresor era un vampiro, y vestía como tal: capa amplia, negra, ropas oscuras...

—¿Pudo identificarlo?

—Creo que ni siquiera lo intentó. Había visto recientemente una película de terror. Se obstinó en que no era un ser viviente, sino un No-Muerto. Es decir, un vampiro, al estilo de Drácula.

—De modo que según eso, ha podido acusar a Keith Starr y a los demás

por influencias de esa terrible experiencia vivida entonces...

—Quizá. Personalmente, no lo creo. Pero eso desvirtúa su declaración y la convierte en un testigo vulnerable. Demasiado vulnerable para que el fiscal se atreva a presentar el caso ante el juez. Y menos aún, estando por medio los abogados del senador Diamond.

—Ya llegamos a eso: el senador... —resopló Lee con fría ira—. Las influencias, la política y todo lo demás.

—Debes entender que ésa es la clase de mundo en que vivimos. Y que no podemos cambiarlo por mucha que sea tu santa furia o la mía.

—Si Keith Starr fuese un tipo sin influencias, el fiscal hubiera dado por bueno el caso, estoy seguro.

—Posiblemente. Pero la realidad es muy otra, Lee. ¿Vais a soltar a ese tipo?

—¿Starr? Ya debe estar libre, y riéndose de todos nosotros —gruñó Lee furiosamente.

—¿Y tu testigo?

—¿Monna Jagger? —Lee entornó los ojos con expresión sombría—. De vuelta en casa. En su casa, con esa chica compañera suya de alojamiento, Jane Peters. Les hemos puesto vigilancia, para su tranquilidad. Esta cuidad es tan encantadora, que ambas han pasado por trances similares. Es como si hubiera obsesos sexuales tras de cada esquina... y dentro de cada cementerio, Carter.

— Lo de Monna Jagger fue peor. A ella si llegaron a violarla. Pobre chica... Imagino lo que debió sufrir luego, internada en ese hospital. Y ahora, todo lo demás... —el joven médico dejó vagar su mirada por el vacio, desde detrás de sus ahora rutilantes cristales de aumento—. ¿Cómo va el caso de las tumbas profanadas. Lee?

—Desastrosamente —refunfuñó Humphrey, recogiendo algunas cosas de los cajones de su mesa, y tomando la gabardina y el sombrero de la percha situada ante la puerta—. Vamos, he empezado oficialmente mi periodo de vacaciones. Te lo contaré camino de !a salida, Carter.

Ambos hombres salieron del despacho del teniente. Este hizo un gesto de despedida a su compañero Avery Crane, que aporreaba una máquina de escribir, allá en otro cubículo encristalado, junto a un negro esposado, que parecía implorar comprensión.

—Como te dije, todo va mal —prosiguió Lee tras una pausa—. Confiaba en poder demostrar que ese maldito Starr y su pandilla de satanistas eran los responsables, en sus rituales obscenos. Pero sin el testimonio de Monna, destrozado por un abogado hábil, no iría a ninguna parte con todo eso.

—Sin embargo, tú acusabas a Starr de homicidio, no de profanación de tumbas... —le recordó Larrabee—. Leí tu informe en la oficina del capitán Donovan.

—Estoy seguro de que hubo un homicidio. Alguien asesinó a Stacy Jagger, la hermana de Monna.

—Esa acusación es muy grave. La autopsia no ha revelado nada. Y el

certificado médico fue por fallecimiento a causa de ataque cerebral.

—Ocurrido, precisamente, al día siguiente de la visita de Stacy a una de esas orgías satánicas de Starr y su gente. No creo en casualidades así, Carter. Además, tenía una doble señal en el cuello, como la de unos incisivos.

—Lee, ¿tú también vas a creer en vampiros? —se asombró Larrabee, volviéndose a mirarle con estupor.

—No, no creo en vampiros. Pero creo que alguien pudo inocular a Stacy algo que provocó su ataque cerebral. Eso sí tendría sentido, ¿no?

—Será difícil probar eso ahora. Un forense no es un mago.

—Lo sé. Sigue siendo solamente una sospecha. Intentaré probarla. Creí que ibas de vacaciones... —sonrió irónicamente el psiquiatra.

—¿Lo creíste, de veras? —le guiñó Lee un ojo.

—No, claro que no —rió Larrabee—. Te conozco demasiado para pensar algo así, amigo mío...

* * *

Pulsó el timbre por segunda vez. Al otro lado de la puerta, hubo un roce de zapatillas en el suelo. Luego, se sintió escudriñado a través de la angosta abertura de una mirilla.

La puerta se entreabrió con la cadena puesta. Asomó un rostro familiar de suaves facciones y claros ojos asustados.

— Oh, es usted... —musitó Jane Peters—. Me pareció reconocerle, pero he preferido tomar precauciones...

—Bien hecho —sonrió Humphrey—. No se fía de nadie, señorita Peters.

—Espere. Abriré la puerta, teniente. De usted supongo que sí debo fiarme...

—Por el momento, sí —rió Lee—. Aún soy policía, aunque esté libre de servicio. ¿Se encuentra bien?

—Bastante bien, sí.

—¿Y su compañera?

—¿Monna? —tras cerrar la hoja de madera, descolgó la cadena y abrió totalmente—. Descansa en su dormitorio. Lo necesita la pobre... Nunca imaginé que su historia fuese tan terrible.

—¿Se la ha referido ella?

—No. No hace más que llorar y dormir bajo el efecto de los sedantes. Ha sufrido mucho. Y está sufriendo. Me contó lo ocurrido el agente que nos protege.

—Entonces ya sabe que hay quien tuvo peor experiencia que usted, Jane. Ella tiene motivos para creer en vampiros.

—Pero no creo que fuese un vampiro quien... quien la atacó en el cementerio. ¿O sí?

—Yo no creo en vampiros de capa negra y largos incisivos, amiga mía —suspiró Lee Humphrey amargamente—. Para mí, todo esto tiene un mismo

origen: ritos satánicos, aberraciones sexuales, necrofilia o como queramos llamarlo. Gente chiflada pero poderosa, capaz de las mayores infamias bajo el pretexto de ritos y ceremonias secretas.

— Dios mío... —Jane miró asustada en torno suyo y cruzó sus brazos sobre el torso, como en un repentino escalofrío. Era como si presintiera de repente que ocultos e invisibles seres de las tinieblas la acechaban allí mismo, dentro de su vivienda—. Todo eso suena tan horrible.

—Lo sé —asintió el joven oficial de policía—. ¿Puedo ver a su compañera un momento?

—Claro. Venga conmigo —le invitó Jane, abriendo la marcha hacia el interior del apartamento de Bel Air— Debe de estar ahora profundamente dormida. No he ido a trabajar para cuidar de ella. Además, no me siento tampoco con ánimos para deambular por ahí de noche...

—Lo comprendo muy bien —Lee la siguió, hasta una puerta entreabierta, que Jane Peters empujó levemente, mostrándole el interior de la estancia.

Estaba en sombras, salvo por una leve luz que brillaba en un mueble, dando una claridad rosada a la estancia. En un lecho dormía Monna Jagger, con su morena cabeza apoyada en dos almohadas. Lee la contempló largamente. Su respiración era profunda y acompasada.

—Ya se lo dije —comentó Jane—. Pobre Monna... Al menos, ahora descansa.

Lee asintió, retirándose sigilosamente. Volvió con Jane al living, y allí se miraron ambos un momento. Como si de pronto se le abrieran los ojos a algo que antes no había advertido siquiera, Lee Humphrey descubrió de repente que Jane llevaba solamente unos blancos shorts ajustados a unas piernas largas y esbeltas, de firmes y redondeados muslos. Una blusa oprimía con fuerte presión unos pechos juveniles, muy erectos y duros. Cierto que la noche antes, Lee había visto aquellos mismos pechos desnudos y temblorosos, así como parte del cuerpo escultural de la rubia muchacha, pero eran circunstancias diferentes, dramáticas y ásperas, que no le permitieron admirar los encantos físicos de una infortunada joven, víctima de unos peligrosos rufianes juveniles. Ahora, era diferente.

Ahora, estaban él y ella, solos en una habitación, mirándose fijamente, quizá recordando ambos que eran, respectivamente, hombre y mujer.

Ella debió entender todo eso, porque un repentino rubor tiñó sus mejillas vivamente. Lee carraspeó, sintiéndose repentinamente confuso.

—Bien, me voy —dijo con brusquedad—. Cuídese. Mi hombre guarda la entrada al edificio, pero aun así, no cometan ningún error.

—Lo recordaré —musitó ella, pareciendo sentirse algo defraudada de que él se ausentase ya—. Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, señorita Peters.

—Es mejor que me llame solamente Jane —suspiró ella—. Ya casi somos viejos amigos.

—Cierto —sonrió Humphrey—. Mi nombre es Lee. Adiós, Jane.

—Adiós, Lee...

Salió, cerrando tras de sí. Bajó a la planta inferior, donde el agente de servicio montaba su guardia, vigilando la vivienda de las dos mujeres.

No estaba allí ahora. Imaginó que se hallaría dando una ronda en torno al edificio, para más tranquilidad. Aquellas viejas casas de Los Angeles, con sus escaleras de incendios en la fachada trasera, eran siempre difíciles de vigilar.

Pisó la acera, mirando a uno y otro lado, en busca del agente. No vio rastro de él. Encendió un cigarrillo, disponiéndose a esperarle. A los dos minutos, pensó que el policía se demoraba demasiado en dejarse ver. Temiendo que pudiera descuidar su vigilancia yendo a tomar una copa a alguna parte, rodeó el edificio con rápida zancada, tratando de localizarle.

Y le localizó.

Estaba junto a la escalera de incendios, precisamente. Pero estaba tendido sobre el asfalto, boca abajo, con los brazos extendidos. A su lado, reposaba el chato revólver calibre 38 reglamentario.

Soltando una imprecación, Lee desenfundo su propia arma y miró hacia lo alto. Una sola luz brillaba en una ventana de la fachada, tras las escaleras de emergencia. Pertenecía al piso de las dos muchachas.

Rápido, Lee se encaramó por los tramos de la escala plegable, pasando con celeridad de planta a planta, siempre a través de los peldaños metálicos de emergencia. Interiormente se maldecía por haber confiado exclusivamente en el hombre de guardia.

Antes de llegar a la luz, oyó el agudo grito de una voz femenina, impregnado del más vivo terror. Eso dio alas a sus pies y alcanzó en escasos momentos el balcón trasero de la planta iluminada, en el momento en que el grito de terror se repetía.

—¡Jane, ya voy! —rugió rabiosamente, precipitándose contra la ventana de guillotina, que alzó enérgicamente, mientras allá dentro se percibían jadeos y un nuevo grito, más ronco y ahogado que los anteriores.

Con ojos dilatados por el horror, Monna Jagger había despertado del sopor, contemplando con angustia algo que sucedía fuera de la habitación quizá en el corredor del apartamento. Lee se precipitó en esa dirección tras advertir que nada le sucedía a Monna, al margen del pánico que la dominaba.

Entonces descubrió a Jane Peters, forcejeando con alguien furiosamente. Alguien de oscuras ropas de rostro oculto por un sombrero de negras alas caídas sobre el rostro, y abrigo o capa negra muy amplia.

Apenas Jane le descubrió, lanzó un grito ronco de alivio, y trató de retener a su agresor. Pero éste, que también había captado la llegada del policía, se desasió de ella, precipitándose corredor adelante, y hundiéndose tras una puerta. Lee disparo su arma, pero tuvo que hacerlo un par de segundos después, por miedo a herir a Jane Peters, y para entonces ya era demasiado tarde.

Oyó la puerta del piso, abriéndose violentamente. Unas pisadas rápidas se perdieron en el rellano de la escalera. Lee corno en esa misma dirección, e

hizo dos nuevos disparos cuando la sombra flotante del fantástico hombre de la capa negra se perdía por el hueco de la escalera, como un siniestro personaje de algún viejo pulp.

No le alcanzó. Corrió tras él, maldiciendo entre dientes su escasa fortuna, y observó que la rapidez de maniobra del individuo aquel era realmente notable. Ya estaba en la planta baja, camino de la salida.

—¡Alto! —Rugió, apuntando hacia abajo, mientras algunas puertas se empezaban a abrir, y voces alarmadas indagaban la causa del tiroteo—, ¡Alto o disparo!

No fue obedecido. Disparó, pero tampoco atinó esta vez porque ya el fugitivo había salido a la calle. Lee alcanzó la acera cuando ya la sombra negra se perdía tras una esquina. Un trozo de ropa negra flotó tras él, como único rastro de su existencia.

La persecución era un perfecto fracaso, y Lee lo sabía. Cuando llego a la calle inmediata, la última esperanza se había desvanecido definitivamente: el hombre de negro ya no estaba allí. Un motor roncó, alejándose en la noche, y Lee estuvo seguro de que en ese automóvil se marchaba su presa de modo definitivo. Regresar en busca de su propio coche e intentar la persecución, era una idea tan absurda como inútil.

—Por todos los diablos, ¿quién sería ese fantasma tan escurridizo, —refunfuñó, regresando al apartamento, no sin antes comprobar que el agente de servicio se recuperaba lentamente, tocándose con gesto dolorido un hematoma en su cabeza.

—Vaya a un teléfono y llame a la patrulla —le dijo Lee pasando a su lado —. Yo me cuido entre tanto de las chicas!

Regresó arriba, mientras el aturdido policía obedecía su orden. Encontró más calmada a Jane; e infinitamente más excitada a Monna Jagger, que sollozaba amargamente, presa de un fuerte histerismo.

—Llamaré a un médico —dijo Lee, descolgando el teléfono. Luego, se quedó mirando a una Jane Peters pálida pero serena—. Bien, ¿qué pasó?

—No hay mucho que contar —jadeó ella—. Entro por la ventana trasera... Le vi de repente, inclinado sobre Monna, como si realmente fuese a clavarle los dientes en el cuello... Grité, asustada, se despertó Monna, y también gritó... e intenté ir en busca de auxilio. Entonces, ese horrible individuo se me vino encima. No sé si pretendía también hacerme algo, o sólo evitar que protegiese a Monna... Eso fue todo, Lee.

—¿No le reconoció?

—En absoluto —rechazó ella vivamente—. Ni siquiera llegué a ver su rostro. Parecía un... un...

—¿Un vampiro? —Lee rió entre dientes—. De guardarropía, en todo caso. Pero dentro de un cementerio, un tipo así debe impresionar.

—¿Cree que era él... quien...?

—Podría serlo. Y si atacó a Monna, es porque ella le obsesiona realmente... o porque teme que ella sepa demasiado sobre alguna cosa... —

meneó la cabeza, preocupado . Me temo que no baste un hombre para vigilarlas. Esta casa empieza a resultar peligrosa para ambas. Voy a hacer algo por ustedes dos, Jane. Monna Jagger va a ir a casa de mi hermana. Allí nadie la buscará. En cuanto a usted, también le encontraré un alojamiento por un tiempo. Un sitio lo bastante seguro. ¿Está de acuerdo?

—Sí, por favor —gimió ella—. Cualquier cosa menos seguir aquí un día más...

—Ni una hora —lee miró su reloj y tomo de nuevo el teléfono—. Eso va a quedar arreglado en seguida.

* * *

—Vete tranquilo, Lee —dijo con energía Homer Ward, su cuñado, rodeando con un brazo a Lori, su esposa, hermana de Lee Humphrey—. Esa chica estará segura con nosotros, te lo garantizo.

—Gracias, Homer. Sé que puedo confiar en vosotros. No digáis a nadie que está aquí. Sólo si yo vengo o me identifico telefónicamente sin lugar a dudas, podéis hablar de ella. No olvidaré este favor.

—Bah, no seas tonto — sonrió su hermana Lori con un vivo ademán—. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea. Lee querido.

—Sí, lo sé —besó a su hermana y oprimió el hombro de su cuñado con afecto—. Hasta pronto.

Regresó a su coche, donde le esperaba Jane. Reanudó la marcha. Ella le miró de soslayo. La casa de los Ward quedó atrás, en la noche.

—¿Y ahora? —musitó ella.

—Ahora, a ocultarte a ti —sonrió Lee—. Esto es una especie de reparto de personas en peligro. Una agradable mercancía, después de todo...

—¿De veras supones que yo también peligro?

—No puedo estar seguro de nada, Jane. Aparentemente, sólo has sido víctima de unos pandilleros y luego de alguien que quería causar daño a tu compañera, pero podría haber algo más.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que Monna supiera demasiado de algo o de alguien, y te lo hubiera podido revelar a ti, pongamos por caso.

—Pero eso no es cierto. Ella nunca me dijo nada, salvo que creía en la existencia de los vampiros, y en la posibilidad de que ese tipo, Keith Starr, su jefe, fuese un No-Muerto o algo parecido.

—Puede haber algo más, a lo que ella ni siquiera le conceda importancia, y eso sí sería grave para alguien. De todos modos, es preferible tenerte a salvo de cualquier contingencia. No me perdonaría nunca que te sucediera algo.

Ella se mordió el labio inferior. Estaba comenzando a lloviznar sobre la ciudad. El limpiaparabrisas osciló, barriendo el agua que salpicaba el vidrio delantero.

—¿Por qué lo haces? —Musitó por fin—. ¿Porque es tu deber de policía?

—Estoy de vacaciones, recuérdalo —sonrió el—. Ahora soy solamente el ciudadano Lee Humphrey, no el teniente de policía.

—¿Entonces...?

La miró, aprovechando un semáforo que le hizo detenerse. La lluvia arreciaba.

—Somos viejos amigos —la recordó, sonriendo—. Tal vez por eso.

—Gracias, Lee —susurró la joven—. Eso suena muy

E impulsivamente, se inclinó, besando su mejilla y luego sus labios. Lee la miró con sorpresa.

—Eh, esto sí que es un premio —ponderó—. El favor no vale tanto.

—Lee, me gustas —susurró ella, pegando su muslo al de él—. Me gustas mucho. Y por dos veces me salvaste del peligro. Eres maravilloso.

—No pienses que soy sir Lancelot. Fue puramente accidental.

—Me gusta más pensar que eres mi héroe —rió suavemente Jane, apoyando su cabeza en el hombro de Lee, de modo que uno de sus firmes pechos se pego al torso del joven.

Lee sintió la dureza juvenil de aquella forma redondeada y mórbida presionando su piel. Al mismo tiempo, las piernas de Jane se apretaban a las suyas en un contacto candente que no podía menos que excitarle. Y por si eso fuera poco, mientras los labios carnosos de la joven volvían a apretarse contra los suyos, en un beso largo, húmedo, ardoroso, los dedos suaves acariciadores, de aquellas largas y sensitivas manos, llegaban hasta recónditos puntos de su anatomía, hurgándole de un modo sinuoso, sutil, enervante. Cualquier cosa podía suceder dentro de aquel coche en estos momentos. La piel de Lee ardía con el contacto físico con las prietas curvas juveniles Pero el semáforo cambió. Y en vez de desviar el vehículo y meterse en un arcén, buscando la cuneta flanqueada de setos, optó por seguir adelante, manifestando con cierta sequedad:

—Estás equivocada, Jane. En este cochino mundo de hoy, sólo hay bestias y hombres, antihéroes y escoria. Los héroes quedaron atrás. Si alguna vez los hubo, son simple leyenda, créeme.

Y aceleró, rompiendo el encanto. Jane, defraudada, se echó a un lado, Sus carnes duras y jóvenes dejaron de presionar el cuerpo de Lee.

El resto del recorrido, hasta un edificio apartado, en Ventura Boulevard, bajo Studio City, a la altura de Laurel Canyon, transcurrió en completo silencio. Jane Peters, hundida en su huraño mutismo, no hizo nada por romperlo. Y Lee, algo incómodo, tampoco.

Solamente cuando detuvo el automóvil bajo la lluvia persistente, delante de la edificación rodeada de una cerca, tras mirar cuidadosamente atrás y no ver la menor huella de unos faros tras él en la noche, se limitó el joven policía a murmurar, tendiendo una llave a la muchacha:

—Toma. Es tu nueva vivienda. Creo que hay de todo dentro. Con eso y lo que llevas en tu maletín, creo que te bastará. Pero si necesitaras algo, llámame a mí. No salgas de ahí por nada del mundo. Es más seguro. ¿De acuerdo,

Jane?

—De acuerdo —fue su seca respuesta. Tomó el maletín y abrió la portezuela, ya con la llave en la otra mano—. Hasta otro día.

—Tengo tu teléfono. Te llamaré de vez en cuando. No dejes de descolgarlo. Pero nunca hables al hacerlo. Yo diré primero: «Soy Lee. Hola, preciosa». Sólo eso. Nada más que eso. No cambiaré la contraseña, ¿entiendes? Si cambian las palabras en algo, cuelga inmediatamente sin responder.

—Está bien —le miró con cierta frialdad—. ¿No son demasiadas precauciones para nada?

—Nada, puede ser la muerte —comentó con igual sequedad Humphrey. Y puso en marcha su coche tras despedirse fríamente—: Hasta mañana, Jane.

La dejó allá atrás, con su pequeña valija y su llave, bajo la lluvia, ante la puerta de la distante y aislada vivienda. Los ojos de Lee revisaron minuciosamente ambas direcciones de la carretera, antes de alejarse. Nadie les había seguido, de eso estaba seguro, y ya era bastante.

Lo demás, el iniciado idilio con Jane y todo el resto, se había roto sin duda alguna. El hubiera querido saber por qué. Pero no se detuvo a pensarlo. Había otras cosas más urgentes que hacer, aunque estuviese oficialmente de vacaciones.

Tras poner a salvo a las dos muchachas, esas cosas urgían más que nunca. No era momento de disfrutar de un permiso, dijera lo que dijera el capitán Donovan.

Quizá por eso, se encaminó a un determinado lugar en la ciudad.

A un negocio llamado Last Sweet Home, cuya especialidad eran los funerales de lujo, el lucro a costa del dolor y el luto ajenos. Uno de los grandes negocios de una sociedad sin conciencia ni dignidad, que podía hacer de los difuntos y del llanto, muchas veces falso, de sus deudos y herederos, la gran especulación de la época...

CAPITULO V

Curioso. Era muy curioso.

Una puerta, en un lado del chaflán, era el negocio funerario, el Last Sweet Home. Escaparates ampulosos, gran lujo de cortinajes lila, féretros suntuosos, precios de incineraciones y de embalsamamientos, e incluso ofertas de lápidas, cruces y hasta panteones para católicos.

Todo eso era Last Sweet Home. El gran negocio de los cadáveres. Y al otro lado del mismo chaflán, el Vampyr (*Vampiro*).

Aparentemente, el Vampyr no se diferenciaba gran cosa en su aspecto general del resto de los night-clubs de Los Angeles o de cualquier otra ciudad, incluso recordaba, en cierto modo, al Bat's Cave, cuando menos en su sombría, siniestra fachada, presagio de lóbregos y tenebrosos rincones en su interior, de una ambientación pretendidamente lúgubre, funeraria, que diese algún significado al nombre del local.

Pero el Vampyr, según los informes obtenidos últimamente por Lee Humphrey, tenía una característica especial: su propietaria legal era una mujer llamada Vanessa Vincent.

Y Vanessa Vincent, conforme a la declaración de Monna Jagger, era la sacerdotisa suprema de los satanistas de Bat's Cave. De modo que todo eso unido, podía significar algo importante.

Y Lee Humphrey se acercó al club nocturno resueltamente.

Pronto comprobó que las cosas no iban a ser fáciles, ni mucho menos. Un portero uniformado de negra y siniestra librea, digno de un film de Drácula, se interpuso en su camino.

—Lo siento, señor —dijo—. Si no es socio, no puede entrar.

—¿Socio? —Lee enarcó las cejas—. ¿Hay alguna forma de serlo ahora?

—Ninguna —negó el portero—. Debe solicitarse por correo y, tras una serie de trámites, que se le concede o no. Si quiere el impreso...

—No, gracias, no se moleste —refunfuñó Lee, retirándose. Y de paso, echó una ojeada al interior en penumbras rojizas del vestíbulo del local.

Era interesante lo que descubrió. Ante una especie de guardarropa atendido por una muchacha semidesnuda, cuyos pezones cubrían dos círculos negros de lentejuelas, un hombre entregó una tarjeta y una chapa de material color verde fluorescente. Ella comprobó ambos objetos, y le tendió una pieza negra, de seda brillante, que el hombre ajustó sobre su cabeza, justo cuando la puerta del club se cerraba.

Era una caperuza satinada, de negro intenso. Una roja cortina aterciopelada, absorbió al hombre en el interior. Lee se alejó por la acera. El portero atendió a dos personas que bajaban de un coche, hombre y mujer. Examinó las tarjetas que le tendían, recibió una propina, y les hizo pasar.

Lee Humphrey se detuvo, irritado, encendiendo un cigarrillo. Sobre su cabeza, parpadeaba en rojo lívido un fluorescente con el nombre del local. A

poca distancia, otro anunciaba en parpadeos azules:

LAST SWEET HOME.
UN HOGAR CONFORTABLE PARA SUS SERES QUERIDOS.
UN DIA DE LUTO PARA USTED,
PUEDE SER UN DIA FELIZ PARA QUIEN YA NO VOLVERA

—Nauseabundo —mascullo Lee para sí—. Deberían meter en la cárcel a todos los que negocian en pompas fúnebres. Son como buitres, malditos sean todos... Viven de carroña. Y de la piedad y el dolor ajenos... ¡Cerdos...!

Pero él sabía que el mundo seguiría igual, hiciera lo que hiciera por impedirlo. Hay cosas que no tienen remedio, y ésa era una de ellas. Volvió a escudriñar la puerta del Vampyr, ceñudo.

Un coche se paró junto a él. Un hombre bajó del mismo y pagó la carrera. El taxi se alejó. El individuo rebuscó en sus bolsillos. Llevaba gabán y sombrero oscuro. Extrajo una tarjeta y un disco verde del bolsillo. Lee los identificó. Eran el «¡Ábrete, Sésamo!» del Vampyr.

El hombre se volvió. Caminó hacia el local. Su caminar era indeciso. Parecía ebrio. Tal vez lo estaba realmente. Le dio la espalda.

Es lo que Lee necesitaba. Le bastó un seco golpe con su diestra. Lo derribó en seco. No cayó de bruces al asfalto porque lo retuvo en sus férreos brazos. Tiró de él, arrastrándolo a una zona oscura. Una vez allí le quitó tarjeta, disco, gabán y sombrero. Luego, lo esposó a un poste del alumbrado, y se alejó tranquilamente.

Momentos después, medio oculto por el cuello del gabán negro y del ala del sombrero, lograba pasar ante el portero, dejando en su mano enguantada un billete de cinco dólares. Ante la muchacha de los pechos desnudos, dejó la tarjeta y el disco. Ella comprobó unos números, y le tendió la caperuza negra, de seda. Lee le entregó otro billete, rozando uno de sus pechos, sobre las lentejuelas negras que tapaban el pezón. Ella rió, adelantando aquellos dos potentes senos que la Madre Naturaleza le había otorgado.

—Adentro nos veremos —dijo, significativa—. En la orgía. Iré vestida de color naranja. No se confunda, querido.

Lee asintió, ajustándose la caperuza a su cabeza. La cortina grana le acogió. Más allá de la misma, la atmósfera inquietante, absurda y morbosa del Vampyr, se ofreció ante él.

* * *

Al principio, todo resultó absolutamente normal.

Un hombre regordete, rubio y sonrosado, de inefables ojos celestes, hacía de maestro de ceremonias, sin caperuza alguna. Los demás, absolutamente todos, hombres o mujeres, iban encapuchados.

Había una especie de show, vulgar y mediocre, de tipo sexy, a veces realmente porno, donde parejas de ambos sexos y en ocasiones de sólo dos

mujeres de aire lésbico, ofrecían una serie de números rutinarios, tal vez para ir entrando en situación. A Lee le sirvieron un combinado que él probó, derramándolo luego en un rincón. Hubiera podido jurar que tenía alguna droga disuelta, porque notó algo raro en su mente y ojos. Pero otros clientes del extraño lugar no hacían ascos al producto.

Claro que así resultaba la cosa. En algunos rincones, la gente no esperaba a más para desahogarse. Llego a descubrir hasta seis parejas en pleno acto sexual. Incluso una de ellas le reveló a la mujer bajo la mesa, aferrada a algo que en modo alguno era la mano o la pierna de su compañero, y su boca se cuidaba de hacer vibrar al tipo con auténticos espasmos. Si luego iba a haber orgía, como él imaginaba y como sugiriese la chica de los pechos desnudos allá fuera, aquellos tipos no sabrían qué hacer, a menos que cambiasen de pareja.

Llegado cierto momento, el hombre rubio y sonrosado, anunció con voz grandilocuente:

—Ahora a nuestro espectáculo, llega la única, la grande, la inimitable sacerdotisa del Amor y de los ritos prohibidos... ¡Vanessa Vincent!

Una gran ovación acogió a la mujer. Realmente, ella valía la pena.

Era alta, sorprendentemente alta. Las ropas negras aún la hacían parecer de mayor estatura, pero ésas duraron poco sobre su cuerpo, cuando a los acordes de una extraña música melodiosa y casi embriagadora, comenzó a evolucionar sobre el pequeño y umbrío escenario del Vampyr.

Su piel pálida quedó virtualmente desnuda, con la sola excepción oscura que suponían su cabellera larga, color azabache, sus oscuros pezones, sobre unos pechos pequeños y enhiestos, y el triángulo casi perfecto de su pubis, entre dos blanquísimos muslos largos y estilizados.

Poseía una tremenda carga erótica que escapaba en sus jadeos, contorsiones, gemidos y cimbreos. Repentinamente Lee descubrió que habían puesto en su mesa dos nuevos combinados, y que una especie de diablesa semidesnuda, morena y opulenta, de atavío color naranja, se sentaba sobre sus rodillas, metiéndole en la boca una lengua como un estilete rosado.

—Bebamos, querido —la oy6 susurrar—. Bebamos y gocemos... Toma mis tetas, son tuyas... Acaricia mi trasero... ¡y deja que goce contigo, amor!

Las cosas se precipitaban. De repente, una parte reducida del local había girado, como un escenario rotatorio, y los encapuchados estaban solos en un semicírculo de muros sombríos, alumbrados con velas de falsa llama, alimentada con gas, en tanto dos hombres poseían salvajemente a Vanessa Vincent en el escenario, cada uno a un lado, emparedando el pálido cuerpo de la hembra entre sus musculosas figuras.

Ella aulló, frenética, y ésa fue la señal para iniciar la orgia.

En la sala prohibida del Vampyr, adonde el giro del local les había llevado a presenciar esta parte del festejo, se desbordó el fuego erótico de las parejas. La compañera de Lee era ya como una hermosa lapa, adherida a él, alzando su caperuza a medias, enroscados sus fuertes muslos de broncínea piel en

torno a su cintura, para ser poseída con mayor fuerza por su macho. Lee no tuvo otro remedio que seguir la pauta, puesto que ya no había otra solución.

Notó que ella aullaba como un animal en celo, mientras él sentía llegar su propio ser hasta lo más profundo de la muchacha de atavío naranja, a la que sintió temblar y vibrar violentamente.

—Amor... Oh, eres un cielo, me enloqueces... —la oyó susurrar a ella, como en éxtasis. Pero entonces ocurrió algo en el escenario.

Y nada, absolutamente nada, ni siquiera cien ninfas intentando arrancarle todos los placeres del mundo, hubieran sido capaces de conseguir nada de él. Su virilidad cedió y se plegó, ante la desilusión de la exaltada muchacha, justo cuando Vanessa Vincent, de modo brutal e imprevisible, acogido con un colectivo alarido de gozo y de exaltación sexual, acababa de alzar en su blanca mano un cuchillo de larga y afilada hoja, hincándolo en la garganta de uno de los hombres que la poseían a la vista de todos.

El individuo cayó bañado en sangre. Y ella, entonces, se arrodilló ante su víctima agonizante... ¡para succionar con violencia y placer su sangre palpitante!

Lee apartó de un empellón a la obstinada muchacha que pretendía de nuevo adherir sus labios ansiosos a sus ingles, y se incorporó, extrayendo su revólver.

Hizo un disparo al aire y gritó estentóreamente, en medio de un repentino griterío de terror:

—¡Alto! ¡No se mueva nadie! ¡En nombre de la Ley, están todos arrestados! ¡A quien intente evadirse o resistir, tendré que dispararle sin contemplaciones!

* * *

Lester Diamond era el hombre de tez sonrosada, pelo rubio, ojos azules y expresión benigna. Era la viva expresión de la inocencia cuando se expresó ante el capitán Donovan y el ayudante del Fiscal del Distrito:

—Compréndalo, capitán. ¿Cree que nadie se atrevería a herir de muerte a un hombre en público, beber su sangre y cometer así un espantoso asesinato y una aberración incalificable?

—El teniente Humphrey fue testigo de ello —se limitó a decir secamente el capitán—. El vio cómo sucedía todo. Y sostiene su denuncia formal. De modo, señor Diamond que, pese a su parentesco con un senador, tendrá usted que responder de esto, como copropietario de Bat’s Cave y de Vampyr, le guste o no. Y en eso, si realmente existió homicidio, me temo que ni siquiera el senador Gene Diamond podrá hacer gran cosa por usted.

—Pero por Dios, capitán, eso es ridículo, absurdo... ¡No hubo homicidio alguno! Todo cuanto se hace en escena es falso. No digo yo que Vanessa y sus partenaires exageren algo en lo puramente sexual. ¡Qué diablos, capitán, no somos niños, y estamos en una democracia! Esta clase de espectáculos,

reservados a unos pocos socios, pueden ser algo fuertes, pero eso no es ilegal. Si lo es, en cambio, que uno de sus hombres quite a un socio su tarjeta y placa de identificación para entrar, después de agredirle. Admito que esos chicos y Vanessa se dejan llevar por sus sentimientos y... Bueno, ya me entiende... No siempre fingen lo que hacen en escena. Pero la muerte y la succión de sangre... ¡es ridículo! Forma parte del espectáculo, es todo.

—Se les acusa de satanismo y ritos ocultos, con sacrificios humanos —apoyó con sequedad el ayudante del fiscal.

—Absurdo —el rubio y amable Lester Diamond agitó sus manos como un mal actor intentando interpretar a Shakespeare—, No tiene sentido. Pueden ver al hombre «herido». Y el arma usada. Todo. Es falso. Simple carpintería teatral, ¿entienden? Puro truco, vamos.

—Lo siento, señor Diamond —cortó el capitán Donovan con aspereza—. La sangre analizada, era sangre humana. Y procedía de las manchas de ese escenario. Tengo aquí el informe policial.

—¡Claro, capitán! —De nuevo manoteó Diamond como un pésimo histrión—. Adquirimos plasma y lo ponemos en vejigas especiales, que el falso cuchillo corta sin dificultad. Eso da fuerza al espectáculo.

—Pero Vanessa Vincent bebe esa sangre, está comprobado.

—¿Y qué? ¿Hay alguna ley que impida beber sangre humana?

Donovan resopló. Cambió una mirada con el ayudante del fiscal. Luego con el silencioso Lee Humphrey.

—El cadáver no fue hallado —dijo Donovan—. El teniente Humphrey asegura que, apenas utilizó su arma para disparar al aire en señal de intimidación, el escenario giró sobre sí con rapidez. Tras unos momentos de confusión, halló un acceso al semicírculo oculto, pero ya no había cuerpo alguno. Solamente estaba Vanessa Vincent, con el otro partenaire... y la mancha de sangre en el suelo.

—Es natural —rió Diamond. Y su risa sonó extraña—. ¿Qué esperaba que hiciese el pobre diablo? Ya han podido verle antes. Está asustado. Echó a correr. Además, ese escenario gira justo en el momento en que su subordinado hizo el disparo, cuando empieza la supuesta succión de sangre. No sólo tendrá que retirar la denuncia, capitán, sino admitir que su hombre fue quien cometió una grave infracción, con abuso de autoridad y falsas acusaciones. Esto va a costarle caro a usted, al teniente y a todo su Departamento. Ahora mismo, mi hermano habrá comunicado ya con el gobernador de California. Sí, señor, va a ser un mal asunto para todos ustedes, créanme.

—Yo he visto a ese hombre que usted dice que es el partenaire falsamente herido por Vanessa Vincent dijo ahora Lee fríamente—. Se parece al otro, lo admito. Pero no es el mismo.

—¿Podría jurar eso ante un tribunal? —sonrió sardónico Lester Diamond, el sonriente y rubicundo socio de Keith Starr.

—Usted sabe que podría hacerlo —silabeo duramente Humphrey,

clavando en él unos ojos helados—. Pero serviría de poco. Me acusarían de perjurio porque no poseo otra evidencia que mi propio criterio.

—¿Entonces...? —Diamond enarcó sus cejas, burlón—. Nosotros seremos muchos a afirmar que ese joven es el que usted creyó ver morir en escena. ¿Resuelve llevar adelante este asunto?

Lee Humphrey reflexionó, sombrío. Sabía que su jefe y el ayudante del fiscal estaban pendientes de su decisión. Hubiera querido dar otra respuesta. Pero no podía hacerlo. Sabía cuándo estaba vencido. Y ésta no sería la primera vez en su lucha con Keith, Diamond y compañía, aunque esperaba que fuese la última.

—No —dijo al fin—. Capitán, rompa la denuncia. Me retracto.

—¿Qué? —bramó su jefe, palideciendo—. ¿Habla en serio, Humphrey?

—Del todo, señor. De nada serviría mantener un asunto que se desmoronaría ante los poderosos abogados de esa gente como un azucarillo en el agua. Sí, retiro la denuncia.

—Está bien —Lee vio morder a su jefe las palabras, junto con la punta de su cigarro. Hizo un gesto adusto a Lester Diamond—. Salga, por favor. Si quiere presentar alguna demanda contra el Departamento, puede hacerlo, — Lo pensaré —rió Diamond, más angelical que nunca—. Pero no creo que lo haga, mientras ustedes nos dejen en paz a mí y a mi socio. Trataré de calmar a mi hermano. Adiós, capitán Donovan.

Salió, con la altivez de un virrey. Donovan se mantuvo callado unos momentos. Luego, se revolvió hacia Lee rabiosamente. Su puñetazo en la mesa hizo revolotear los papeles.

—¡Su revólver y su placa, maldito sea! —rugió—. ¡Déme todo eso, Humphrey y olvídese de que existen Keith Starr y Lester Diamond! ¿Lo ha entendido bien? Olvídelo para siempre. Usted está de vacaciones. Pero si vuelve a presentarse ante mí con otro maldito problema, haré que le expulsen del Cuerpo. Ahora, deje ahí su arma y su credencial, y váyase de una maldita vez, antes de que me arrepienta y dé un informe suyo a mis superiores.

—Sí, capitán —dijo Lee casi con humildad. Se puso en pie, dejó su arma y su placa sobre la mesa, y se encaminó a la salida. El ayudante del fiscal, mudo testigo de la escena, le seguía con mirada reflexiva—. Hasta la vuelta.

—Adiós, teniente, y felices vacaciones —silabeó su jefe—. Vacaciones, ¿está bien claro? No vuelva a meterse en líos, o le pesará. Estoy harto de usted y de sus cuentos de vampiros.

La puerta se cerró tras de Lee Humphrey. Iracundo, el capitán Donovan examinó el arma y la placa, y luego tiró ambas, casi con rabia, dentro de un cajón de su mesa. En silencio, el ayudante del fiscal se incorporó.

—Le dejo, capitán —murmuró—. Informaré a mi jefe de lo ocurrido. De veras lo siento. Por todos nosotros.

—Más lo siento yo —refunfuñó Donovan—. Sé que hay algo feo en Starr y en ese maldito Lester, pero con manías persecutorias y falsas acusaciones no se logra nada.

—Claro —admitió vagamente el ayudante del fiscal—. Creo, realmente, que su subordinado necesita unas vacaciones y olvidarse de todo eso...

Donovan se limitó a gruñir entre dientes, mientras el otro salía, cerrando suavemente tras de sí.

CAPITULO VI

Estaba furioso.

Muy furioso. Por muchas cosas. Por Starr, por el capitán Donovan, por Lester Diamond y su hermano senador e incluso por los informes psiquiátricos de su amigo, el doctor Larrabee. Y también por la política, la basura, y todo lo sucio y corrompido de una ciudad, de una sociedad incluso, que se decían limpias, honestas y ejemplares.

Quizá por eso, aquella noche misma se metió en un cine cualquiera, sin mirar siquiera las carteleras. Apenas se hubo sentado en una butaca de las últimas filas, en el cine casi vacío, la pantalla le mostró a una rubia oxigenada, entrada en años y en carnes, con unos pechos como balones de fútbol a los que se aferraban como niños lactantes, un par de mozos musculosos y atractivos. Ella gemía y ponía los ojos en blanco, agitando unos muslos como columnas de mármol.

Era un cine porno. Eso no le preocupó lo más mínimo. Era un ejemplo más de la degradación de la sociedad que le rodeaba, pero no el peor.

De pronto, a su lado, crujió la butaca vecina. Miro de soslayo.

Una negra joven, tremendamente robusta, se había sentado allí. Le observaba con una sonrisa significativa en sus labios gruesos.

—Hola—dijo.

—Hola —respondió Lee, preguntándose si los pechazos inmensos de la negra, que bailoteaban bajo su camiseta de malla color amarillo, serían mayores que las de la rubia de la pantalla. Se respondió que, en efecto, lo eran sin duda alguna. Llevaba una corta falda ceñida, que remontaba unos muslos como bloques de ébano.

—¿Te gusta eso? —señaló ella a la pantalla.

—Psé... —Lee encogió sus hombros.

—Yo sé hacerlo mejor —rió ella, pasando su lengua por los labios, como un animal hambriento.

—¿De veras? —Lee, viendo lo que la tremebunda rubia nacía en la pantalla, se preguntó qué diablos podría hacer mejor aquella negra.

—Si quieres comprobarlo, salgamos de aquí. Eres guapo. Me gustas. No tienes que pagarme nada, querido.

Lee no supo cómo diablos lo hizo, pero unos minutos más tarde, se hallaba en un cuarto pequeño, mal alumbrado y modesto, delante de un vigorosa mujer de color que, al despojarse de la camiseta amarilla, dejó al aire dos gigantescos melones morenos, considerablemente duros para su increíble volumen. La falda, al caer, reveló los colosales muslos de ébano vivo.

—Ven —le invitó, cimbreando sus caderas ampulosas, lo que hizo vibrar aquellas moles oscuras y voluptuosas de su increíble torso—. Ven...

En circunstancias normales, ni siquiera hubiera estado ahora Lee en aquel lugar. Pero sin embargo, obedeció ahora. Ya todo daba lo mismo.

La negra tenía razón. Sabía y podía hacer muchas cosas Infinitamente mejor que la rubia de la película porno sin duda.

Cayó de espaldas en una chirriante cama, sus muslos macizos se abrieron y requirió a Lee entre jadeos y convulsiones.

—Ven, ven, mi hombre —casi sollozaba.

Pasado ese momento, Lee pareció despertar de un trance Reacciono. Sacudió la cabeza. Sintió náuseas. Miró a la voraz desconocida de piel oscura que le llevara a su casa y como un niño cogido en una travesura, echó a correr.

Huyó de allí. De la negra, de la cama, del cuarto pequeño y barato, de la bombilla amarillenta, de todo aquel juego de sexo y de carne, de instinto y sensualidad, de vicio y deseo.

Corría por la calle desierta, bajo las luces del alumbrado nocturno, cuando una figura oscura y opulenta, asomada a una ventana de luz amarilla, le gritó, rabiosa:

—¡Vuelve aquí! ¡No me dejes así, maldito hijo de perra! ¡Vuelve, cerdo!

Lee Humphrey siguió corriendo. La negra, defraudada, le gritó más cosas, y quizá tenía razón. Pero él no volvió.

Sólo cuando estuvo en otra calle, más amplia y más alumbrada, redujo la marcha y caminó al paso. Una pelirroja de piel muy blanca, con breves shorts ajustados a sus muslos, se le acercó.

—¿Me das fuego? —preguntó, cigarrillo en mano. Lee apresuró el paso. Se alejó. Ella se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —Se mofó, allá a sus espaldas—. ¿Te asustan las mujeres acaso?

Lee se enjugó el sudor. Entró en una cafetería abierta toda la noche, y pidió un café doble. Le temblaban las manos.

—Maldita sea —gruñó para sí—. ¿Será verdad? ¿Qué me pasa con las mujeres ahora? Parezco un párvulo... o algo peor.

Estuvo un rato sin saber qué hacer. Luego, bruscamente, tomó una decisión. Se fue al teléfono.

Entró en la cabina del bar. Marcó un número, el del nuevo apartamento de Jane Peters. Nadie respondió, aunque estuvo sonando largo rato. Arrugó el ceño, pero no insistió. Marcó otro número, el de su hermana y su cuñado.

Esta vez sí respondieron. Y fue la agitada voz de su hermana la que atendió el teléfono.

—¿Sí, dígame? —y notó su rara agitación.

—Soy yo, Lee. ¿Sucede algo, Lori?

—¡Dios sea loado, menos mal que eres tú, Lee! —Sonó, con una mezcla de alivio y de angustia el tono de su voz en ese momento—. Estoy inquieta, no sé qué hacer. Iba a llamar al Departamento, por si estabas allí...

—Ya sabes que no. No estoy ahora para nada en la oficina —Humphrey empezó a sentir temores—. Acaba de una vez, ¿qué ocurre?

—Se... se trata de Monna Jagger, esa chica que trajiste...

—¡Por todos los diablos, sigue! —un frió dogal atenazó el cuello de Lee, y pareció descender hasta apresar ferozmente su corazón—. ¿Le ocurre algo a ella?

—No... no lo sé aún, Lee. Se... se ha marchado. De repente.

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

—No lo sabemos. Homer oyó ruido. Despertó, bajando a la planta, y notó que faltaba la gabardina de esa muchacha, la de color naranja, que había colgado en el recibidor. Miró hacia lo alto, y vio a medio abrir la puerta de su dormitorio. Subió y... Bueno, no había nadie. La cama había sido utilizada, pero ella se marchó de repente, sin decir nada.

—Maldita sea... —refunfuñó Lee, irritado, mordiéndose el labio inferior. Reflexionó brevemente—. Está bien, no llames a la policía. No aún. Yo buscare a Monna.

—¿Imaginas dónde puede estar a estas horas? Son casi las cuatro...

—Lo sé, lo sé. No estoy seguro de que haya podido ir donde creo, pero debo intentar hallarla allí. Si volviera entre tanto, obligadla a que no salga más. Es una orden mía personal, ¿entiendes? Yo llamaré dentro de poco rato...

Colgó, sin dejar hablar a su hermana. Malhumorado, abandonó el establecimiento. Luego, una vez en la calle, cambió de idea y regresó al interior. Buscó un determinado edificio en la guía, anotó el número de la centralita, y marcó.

Tardaron en responder, para impaciencia suya, pero al fin lo hicieron. Una voz somnolienta respondió:

—¿Quién diablos llama a estas horas a la centralita? Está desatendida durante la noche. Los vecinos pueden usar línea directa con el exterior y...

—Policía —dijo secamente Lee, cortando las protestas—. Teniente Humphrey, del Departamento de Policía de Los Angeles. Es urgente.

—Oh, lo siento —se excusó la voz, bastante más despierta—. ¿Pasa algo?

—Eso debe ser usted quien lo diga, amigo. ¿Puede comunicarme con el tercero F?

—¿Tercero F? ¿El de la señorita Jagger y la señorita Peters?

—¡Si, si, ese mismo! Es urgente. ¿Puede hacerlo?

—Claro. Un momento, teniente...

El momento lo pareció un siglo, pero al fin zumbó el llamador telefónico al otro extremo del hilo. La llamada se repitió varias veces. Eso le satisfacía. Mientras nadie respondiese, todo iría bien.

De repente, sintió un sudor frío. Y también una furia irremediable.

—¿Sí? —susurró una apagada voz de mujer, allá en el apartamento.

—¿Es usted? —rugió Lee—. ¿Qué diablos hace ahí, Monna? ¡Le dije que no saliera de casa de mi hermana! Debió tomarse el sedante y...

¡Clic!

Le habían colgado. Así, sin más.

Miró el teléfono. Si hubiera sido un ser animado, le hubiese estrangulado gustoso, ya que no podía hacerlo con Monna Jagger. Soltó una imprecación

bastante sonora, y salió de la cabina sin perder momento.

Sólo necesitó unos minutos, muy pocos, para llegar a Bel Air con su coche. Ya antes de alcanzar la casa de las dos muchachas, supo que algo sucedía. Y que no podía ser nada bueno.

Un coche-patrulla bloqueaba una de las calles adyacentes. Otro hacia girar su roja luz en el extremo opuesto. Sonó una sirena, y un tercer vehículo policial asomó por un lado, frenado con un largo maullido de frenos, a menos de veinte yardas de él.

Lee saltó del coche, maldiciendo el hecho de no llevar encima su credencial. Pero al menos tuvo suerte en algo. Un patrullero le conocía. Saludó respetuoso, parándose ante él al verle.

—Buenas noches, teniente. ¿Se ocupa usted del caso? —indagó.

—No exactamente. Acabo de llegar. ¿Qué ha sucedido ahí?

—Lo peor que puede suceder, señor —suspiró el patrullero—. Acaban de avisarnos. Han asesinado a una chica.

La piel de Lee se tornó una capa de hielo. Su corazón se encogió violentamente. Debía de haberse quedado muy pálido, porque su subordinado le contempló con aire preocupado.

—¿Algo personal, señor? —se interesó.

—Sí. Me temo que sí —dijo roncamente Lee Humphrey—. Vamos, agente. Lléveme hasta allí.

—Claro, señor.

Yendo con el patrullero ningún otro policía le preguntó. Al asomar por la puerta de la casa, rodeada de policías y curiosos por doquier, un rostro conocido asomó por la escalera. Era Avery Crane, de su oficina.

—Hola, Lee —saludó el agente de paisano, con una amarga sonrisa—. Me imaginé que vendrías. El conserje me ha contado lo de tu llamada telefónica, hace sólo veinte minutos escasos. Parece que debes saber mejor que nosotros lo sucedido, aunque oficialmente estés de vacaciones.

Lee pasó por alto el sarcasmo del tono de su compañero Crane, para encaminarse rudamente hacia las escaleras, apartando a todos a su paso.

—¿Qué pasó con exactitud? —quiso saber Lee, sin mirar a nadie, camino de la planta tercera.

—Pues eso: que mataron a la chica. Fue algo bestial. No sé si te gustará verlo.

—Infiernos, claro que no me gustará. Pero tengo que hacerlo, Avery.

—Sí, supongo que sí. Después de todo en cierto modo es tu caso, diga lo que diga el capitán. Tal vez esto sirva para llevar alguna vez a presidio a esos tipos, Starr u Diamond.

—Dios te oiga —masculló Lee, encajando las mandíbulas con rabia, ya en el rellano de la tercera planta, donde se apiñaban agentes de policía ante la puerta del apartamento 3-F, algunos de ellos obligando a otros vecinos a retirarse a sus domicilios.

Lee entró en el apartamento que habían compartido Jane Peters y Monna

Jagger. Una fría ira le dominaba. Pero tenía que pensar que, ante todo, era policía. Y después, un ser humano. Al menos, esa era la teoría del capitán Donovan y del Departamento, en tales casos. Al diablo con todos ellos, pensó Lee. El era solamente un ser humano. Y ahora iba a contemplar el cadáver de una muchacha cuyo último error había sido volver a la casa adonde jamás había debido regresar.

—Está en el living, cerca del teléfono —explicó por el camino Avery Crane—. Allí la sorprendió el asesino. La degolló limpiamente, cortándole el cuello de oreja a oreja. Sangró terriblemente pero parte de su sangre no está en su cuerpo ni en la moqueta, Lee. No sé adónde iría a parar.

—Tal vez a la garganta de un sádico enloquecido —silabeó Lee ásperamente.

—Si, tal vez. Es lo que he pensado. La ambulancia está en camino. Y también el doctor Slater, naturalmente.

No hizo caso de esos detalles. Eran la rutina, lo de siempre. Hablaban de ella como de un cuerpo más, un cadáver cualquiera, camino de la Morgue.

Y después de todo, ¿qué era Monna Jagger para ellos? ¿Y para él? ¿Qué había sido realmente Monna Jagger, empleada de alterne en un sórdido y lúgubre local nocturno, sujeta a un contrato tiránico con un par de cerdos como Keith Starr y Lester Diamond, obligada a la relación sexual con los clientes en un plazo determinado, y violada anteriormente en un cementerio, por un sádico agresor, para pasar luego a un centro psiquiátrico?

Todo eso era ella en realidad. Una perfecta desconocida para él. Y sin embargo...

Sin embargo, no podía pensar en Monna como en un frío cadáver hacia la Morgue, como un nombre más en las crónicas negras de la ciudad. Como no pudo poseerla en aquel sucio reservado del Bat’s Cave, bajo el impúdico ojo de un circuito cerrado de TV.

Monna no merecía eso. Ni esto de ahora tampoco.

Se quedó parado en medio del living, con un escalofrío. Tras el sofá y la mesita del teléfono, eran visibles las piernas desnudas hasta el muslo. Ya sin atractivo sexual alguno. Eran las piernas de una mujer muerta. Sólo el monstruo de los cementerios de Los

Angeles, podía sentir algo morboso ante una cosa así.

Las piernas y la sangre. Era todo lo visible. Mucha sangre empapando la moqueta gris. Pero, como dijera Crane, quizá poca sangre para un crimen tan brutal y sanguinario.

Rodeó la mesa, para contemplar mejor a la infortunada víctima. Y lo logró.

Se plantó ante el cadáver. Contempló con ojos dilatados de asombro la escena trágica y sangrienta. Era cierto; el corte profundo, había sido de lado a lado de su cuello. Ropas y piel aparecían cubiertas de sangre todavía sin secar del todo. El crimen era reciente.

Pero en algo se había equivocado total y absolutamente desde un principio. Aquella mujer no era Monna Jagger.

Era el cadáver de Jane Peters, su compañera de alojamiento.

* * *

—No hay muchas dudas, ¿no? Degollada. La cuchillada cortó limpiamente sus carótidas y se desangró. Pero para entonces, ya estaba muerta. Hay algo de cierto: tuvo que sangrar más. Está totalmente exangüe.

—¿Qué arma pudieron utilizar? —indagó Crane.

—Cualquiera de hoja larga y muy afilada: un estilete, un escalpelo... incluso un cuchillo de cocina de hoja fina. Sí, cualquier cosa así. Tal vez la autopsia dé más detalles, pero lo dudo. Pobre chica... Parece que tiene usted entre manos un buen enredo, ¿eh, teniente?

—Yo, no —negó Lee, que acababa de usar el teléfono, sin tocarlo directamente con sus dedos, para comprobar que Monna Jagger había vuelto a casa de su familia al poco tiempo, sin querer responder pregunta alguna, con manchas de t sangre en su gabardina color naranja, y un gesto ausente y I como hipnótico. Pero no habló de eso en el living ahora—. Este ya no es mi caso, doctor. Estoy de vacaciones.

—Ya —el forense le miró, cáustico—. ¿Acostumbra a pasar siempre así sus vacaciones? Entonces, yo no sé de qué me quejo, porque a mitad de la comida, el sueño o el desayuno, tenga que ir a ver un tipo reventado.

Y gruñendo algo ininteligible entre dientes, se ausentó, tras cerrar su maletín. Lee paseó por la estancia, ceñudo.

Contempló el perfil en tiza sobre la moqueta, allí donde estuviera el cuerpo de Jane Peters, hasta que lo retiraron los de la ambulancia. Quedaba la mancha negruzca de la sangre. Los expertos espolvoreaban muebles y teléfono, en busca de huellas. Lee alzó los ojos hacia el conserje que, despeinado y pálido, aguardaba al fondo de la estancia.

—¿Por qué llamó a la policía? —quiso saber.

—Oí gritos arriba, al poco de llamar usted pidiendo el número de teléfono de esas señoritas. Me alarmé. Salí de mi vivienda, en el sótano de la casa, y vi huir a alguien por la puerta de salida. Aunque traté de ir deprisa, ya no le vi claramente. Era como una sombra, perdiéndose en la noche. ¿Por qué dice que era como una sombra? —se intereso Humphrey.

—Bueno, vestía de negro. Y debía de llevar abrigo y sombrero de igual color. Casi se confundía con la oscuridad. Se perdió en la esquina. Arriba ya no se oían gritos, pero vi entreabierta la puerta de este apartamento, y salía luz por ella. Me alarmé, y llamé a la patrulla. Veo que hice bien, señor...

—Sí, eso es cierto. Bien, amigo. ¿No vio a nadie más que a ese fugitivo de oscuro?

—A nadie más. Bueno, mientras llamaba, me pareció oír pisadas a la carrera, escaleras abajo, y me inquiete. Pero salí y no vi a nadie.

—¿Recuerda si había algo especial en esas pisadas?

—Bueno... quizá recordaban un poco las de una mujer.

—¿Una mujer? —Lee le contempló fríamente—. ¿Por qué?

—Pues... porque sonaba a tacones altos o algo parecido. Pero la verdad es que no podría estar seguro, señor.

Lee no hizo más preguntas. Paseó por la estancia. Crane despidió al conserje. Contempló a su jefe, pensativo.

—¿Qué piensa que ocurrió, teniente? —quiso saber.

—Yo hice cambiar de vivienda a Jane Peters esta noche.

Ella debió recordar alguna cosa que olvidó aquí, y vino a recogerla. Vea su neceser en ese rincón, sobre el sota. Entonces llamé yo. Tomó el teléfono. Es todo lo que le dejo hacer el asesino que, sin duda, había venido en busca de su víctima y se ocultó al entrar ella. La mató, tras poner su mano sobre la horquilla del teléfono, cortando la comunicación. Luego escapó con facilidad. No se me ocurre más.

—Pudo haber alguien más aquí: otro testigo. Una mujer. Recuerde lo que ha dicho el conserje...

—Sí, pero él no está seguro de nada.

—Yo quisiera saber dónde está ahora Monna Jagger, la compañera de esa pobre chica —comentó Crane entre dientes—. ¿Usted no?

Lee no dijo nada de momento. Estaba pensando en otras cosas. Pero Crane le miraba con cierta desconfianza. Necesitaba una respuesta, aunque no le dio la que él hubiera querido.

—Sí —dijo—. Me gustaría saber muchas cosas. Pero estoy de vacaciones. Crane. Este es su caso, no el mío, recuérdelo.

Y abandonó el apartamento trágico, sin añadir una palabra más.

* * *

—Es una idea que sólo se te podía ocurrir a ti, Lee —refunfuñó el doctor Larrabee, anudándose el cinturón de su bata sobre el pijama. Frotó sus ojos somnolientos, ligeramente miopes, y contempló a su amigo, tras recoger las gafas de la mesa—. ¿Qué diablos quieres de mí a estas horas de la madrugada?

—Charlar un poco, Carter —sonrió Lee.

—Oh, no me digas que, para charlar un poco, se te ocurre visitarme a las cinco y media de la mañana.

—Algo así —rió sordamente Humphrey, encogiéndose de hombros—. Puede ocurrir que el tema de que quiero hablarte me quite el sueño, y prefiera tener ya una respuesta antes de irme a la cama.

—A cambio de quitarme el sueño a mi —se quejó Larrabee—. Tengo amigos para esto. Bien, ¿qué quieres saber, exactamente?

—Es sobre esa chica, Monna Jagger.

—¿Ella otra vez? Ya te hablé de su caso, Lee.

—Han surgido nuevas complicaciones. El trauma que ella sufrió... ¿podría tener consecuencias de tipo patológico?

—¿En qué sentido?

—Digamos que si cabria la posibilidad de que Monna Jagger, al sufrir aquel ataque brutal en el cementerio, hubiese desarrollado en su interior un instinto... digamos agresivo. Una psicosis criminal, en suma.

—Bueno, en la mente humana, cuando se altera, todo puede suceder —el joven psiquiatra arrugó el ceño, mirando largamente a su amigo—. Pero de eso a imaginarla potencialmente agresiva... no sé. Concrétame más tu teoría, y podré responderte.

—Sin rodeos, Carter: ¿podría ser Monna Jagger... una asesina?

—Cielos —Larrabee se quedó perplejo—. ¿Piensas realmente eso?

—No sé qué pensar. Es una posibilidad. Sólo eso.

—En todo caso, sería por un sentimiento enfermizo de revancha, por vengarse de alguien a quien considerase culpable de su daño. Lo sucedido a su hermana, al morir y ser luego desenterrada, podría aumentar ese odio irracional a determinadas personas. Pero en todos los casos, seria siempre, por deformada que estuviese su psiquis, una especie de venganza, ya te lo he dicho. Un modo de devolver golpe por golpe, digamos.

—En tal caso, jamás mataría a... a una amiga o compañera, ¿no?

—Si no la consideraba culpable de su daño, no. ¿Qué sucede. Lee, para que me hagas esas preguntas?

—No lo sé aún. Pero quiero saberlo. Estar seguro de si ella ha sido culpable... o simple testigo de un crimen.

—¿Testigo? —enarcó las cejas Larrabee, con gesto desorientado— ¿De qué crimen?

—Oh, tú aún lo ignoras. Una chica, Jane Peters, ha muerto esta madrugada. Era la compañera de apartamento de Monna Jagger. Y tengo razones para suponer, aunque sólo sea a título particular, que ella pudo estar en el escenario del crimen esa noche, sin ser vista por el asesino... y presenció la muerte de su amiga.

—Eso es importante. Pero recuerda que su testimonio no vale mucho ante un tribunal, con los antecedentes clínicos que posee...

—Si ella identifica al asesino, estáte seguro de que para mí sí valdrá su testimonio. Y cuando lleve al culpable ante un jurado, no será solamente el testimonio de ella el que presente para acusarle.

—Te creo —suspiró el doctor Larrabee, secándose maquinalmente las gafas con el borde de su batín—. Eres un policía tenaz. Y un hombre listo. ¿Es todo lo que querías preguntarme, Lee?

—Sí, todo. Porque si te pregunto por qué una persona puede llegar a beber sangre humana o a violar cadáveres ¿qué me responderías?

—Es tan complejo responder a eso... —Larrabee meneó la cabeza—. Todo el secreto de las más complicadas y absurdas acciones humanas, está aquí.

Se tocó la cabeza, incorporándose para acompañar a su amigo a la salida. Lee puso una mano en el hombro del joven psiquiatra.

—Pues hay más de uno con eso bastante averiado, casi podrido, diría yo —

manifestó el joven policía gravemente—. Sólo así se explica que en esta ciudad ocurran las cosas que ocurren, maldita sea.

Y abandonó la residencia de su amigo Larrabee, meneando la cabeza con aire de desaliento. El joven psiquiatra sonreía comprensivo cuando cerró su puerta suavemente regresando al lecho.

CAPITULO VII

Las luces del Vampyr continuaban apagadas. El lugar parecía vacío, muerto. Tal vez la lúgubre vecindad del negocio de pompas fúnebres suntuosas, contribuía a crear esa impresión.

Lee Humphrey no iba esta vez al club nocturno de los simulados sacrificios humanos y rituales sangrientos... si es que realmente eran simulados, cosa de la que no estaba absolutamente seguro.

Esta vez, su objetivo era el negocio vecino. Las pompas fúnebres. En suma, Last Sweet Home. El lugar de los costosos ataúdes, los cortinajes púrpura y los velones de lujo en candelabros de plata.

El local no estaba abierto las veinticuatro horas del día, como otros de su género. Cuando Lee llegó a él, estaba cerrado al público, ardían unos falsos velones de luz eléctrica en un escaparate, y en el otro se exhibía un féretro con tapa de dos piezas, mirilla de cristal y forro de seda lila, que debía de ser el último grito en su especialidad.

A su lado, un ángel tallado en mármol parecía implorar a Dios por un difunto inexistente. Lee utilizó el más viejo truco del mundo para entrar clandestinamente en el local. Se limitó a usar una llave maestra, de entre un juego de varias muy especiales que llevaba consigo, y la cerradura no se le resistió.

Como no era fácil que ningún ladrón acudiese a llevarse semejante mercancía, no existía alarma en el establecimiento. Lee entró en una especie de tétrico museo de ataúdes, velones y lápidas, donde el silencio y la claridad tenue de sus rincones, no hacía más que realzar la carga lúgubre del recinto.

No se hubiera sorprendido de ver aparecer en cualquier momento un cadáver viviente, emergiendo de cualquiera de aquellos caros y lujosos ataúdes elaborados con maderas preciosas.

Pero no ocurrió nada de eso. El museo de horrores se limitó a ser solamente un siniestro ámbito donde todo parecía posible y nada sucedía.

Lee deambuló por entre la fúnebre mercancía exhibida allí, escudriñó detrás de las espesas cortinas, y no descubrió nada notable, salvo que el más sencillo funeral, con la empresa Starr-Diamond, se elevaría sin duda a un mínimo de cincuenta mil dólares. Costosa despedida para un difunto.

Lee detuvo sus pasos ante una cortina determinada que, al ser alzada por su mano con firmeza, le reveló unos escalones descendentes. Al fondo había oscuridad, de modo que encendió su pequeña lámpara eléctrica.

Descendió la media docena de escalones e hizo un cálculo mental. Debía de hallarse ahora al mismo nivel que el club nocturno vecino, el Vampyr.

Descubrió una serie de ataúdes en reserva, cuidadosamente apilados. Uno de ellos, sobre un soporte con tapices color violeta, parecía a punto para alguna remesa o preparativo fúnebre inmediato.

Lee apoyó su mano en la tapa. La trató de mover. Y cedió.

Estaba sin ajustar aún en sus fuertes cerraduras de metal plateado. Alzó la tapa, guiado por una especie de presentimiento, y echó una ojeada, proyectando la luz de su lámpara al interior.

Esperaba algo, pero aun así se llevó un sobresalto. De estar allí reposando el propio Conde Drácula, no hubiera resultado tan impresionante.

Era el cadáver de un hombre joven y musculoso. Su piel aparecía cubierta de sangre seca, su rostro contraído, convulso, los ojos dilatados como en un trance hipnótico. No revelaba dolor ni agonía, pero estaba muerto. Y había muerto muy violentamente, además. Se veía una profunda incisión en su garganta, por la que había fluido la sangre. Lee conocía a aquel hombre.

Era el partenaire de Vanessa Vincent en el Vampyr, el hombre que había sido suplantado por otro, tras el horrible rito sangriento ante el público encapuchado de la siniestra sala. Después de todo, sus sospechas eran ciertas. Había habido un crimen, brutal y demoniaco. Existía una víctima real, y estaba allí, a punto de desaparecer para siempre en uno de los lujosos ataúdes de Last Sweet Home. Este último negocio resultaba sin duda una excelente tapadera para los asuntos sucios.

—Bien, amiguitos —silabeó Lee duramente, bajando de nuevo la tapa del féretro—. Ahora veremos si salís tan bien librados de todo esto...

Y se dispuso a regresar arriba para utilizar el teléfono del negocio y llamar a la patrulla policial.

En ese momento sonó la fría voz a su espalda:

—Un movimiento cualquiera, teniente Humphrey, y es hombre muerto.

Se volvió, maldiciendo para sí por no llevar encima su revólver. Encaróse con una automática provista de silenciador, que le encañonaba desde la firme mano del hombre que le había sorprendido en su correría nocturna.

Ese hombre era Lester Diamond, el socio de Keith Starr. Su rostro rubicundo y afable, parecía sonriente y amistoso. Pero sus ojos claros eran dos trozos de hielo.

* * *

—Parece que no escarmienta, teniente.

—Y parece que estaba en lo cierto, ¿no, señor Diamond?

—Un lamentable error nuestro no haber previsto que haría algo así. Ahora es tarde para rectificarlo. Ya conoce la respuesta.

—La conocía de antemano. Las victimas que hipnotizan para sus ritos satánicos de bebedores de sangre, pasan aquí por un acceso secreto entre su negocio de funeraria y el club nocturno de iniciados en esos ritos. Así, todo parece siempre simulado. Pero no lo es. ¿Cuántas personas han muerto ahí de ese modo, Diamond?

—Muchas —suspiró el otro, encogiéndose de hombros—, ¡sabe demasiado, teniente. Tengo que matarle.

—¿Llegará tan lejos?

—No me deja otra alternativa. Vivo, nos enviaría a prisión o a la cámara de gas. Muerto, no significa peligro alguno. Sera fácil convencer a su jefe de que, al entrar clandestinamente aquí, fue confundido con un merodeador, y le dispare, causándole la muerte. Su entrada aquí es ilegal. Por tanto, el único culpable del suceso será usted mismo.

—Muy sencillo de resolver, en efecto. ¿Disparará ahora mismo?

—Tengo que hacerlo. Mi hermano Gene está muy preocupado con usted, y ha quedado en venir esta noche a reunirse aquí conmigo y estudiar una estrategia contra usted y su maldita curiosidad. Le aliviará mucho encontrarle muerto, y me ayudará a arreglar las cosas de modo que no haya complicaciones.

—De modo que su hermano, el honorable senador por California, también está metido en esta porquería de locos...

—Él es uno de los grandes iniciados en nuestros ritos —rió burlón el socio de Starr—. Como ve, no puede esperar que el interceda por usted en absoluto. Además, no esperaremos a que llegue. Esto se acabará ahora mismo, amigo Humphrey. Le prometo que, en señal de reparación por su muerte en mi negocio, esta empresa le obsequiará con un hermoso funeral, un lujoso ataúd, y una sepultura en el mejor cementerio de la ciudad.

—Muy amables —Lee apretó los labios—. Ahora que habla de cementerios, Diamond, una última pregunta antes de emprender el gran viaje.

—Hágala. Y terminemos de una vez, Humphrey.

—¿Quién de ustedes tres es el merodeador de cementerios el que roba cadáveres y los ultraja después? Starr, su hermano... o usted mismo?

—Ninguno de los tres, teniente —suspiró Lester—, Tiene mi palabra. No tenemos gustos tan macabros. Los satanistas hacen cosas que a los demás les parecen horribles, pero responden a unos ritos. Eso... eso es simple basura, enfermedad mental y aberrante. No, no lo hicimos ninguno jamás. ¿Eso le deja satisfecho?

—Me iría mucho más contento si supiera quién lo hace. Porque esa persona, sin duda, es la que mató anoche a Jane Peters. Y tal vez la que mató a la hermana de Monna Jagger, si ustedes no lo hicieron.

—Tiene mi palabra, si le sirve de algo en este trance —rio Lester—. Eso no fue obra nuestra. Stacy tema amistad con alguien. Alguien que sabía de su afición a presenciar ritos satánicos. Me habló de eso pero no me dio nunca su nombre. Parecía ser alguien a quien estibaba mucho, y a quien había conocido cuando su hermana Monna estuvo recluida, enferma mental...

—Ya —los ojos de Lee brillaron, fijos en el arma de su adversario—. ¿Sólo eso le dijo Stacy?

—Sólo eso. Lamento no poderle ayudar a que viaje feliz al infierno. No sé nada más, se lo aseguro. Ahora... adiós, mi molesto amigo Humphrey...

El arma se movió ligeramente. Lee supo que apuntaba a su cabeza, y que el disparo a aquella distancia, con automática calibre 38 no podía fallar. Un momento más tarde, su cráneo volaría hecho pedazos.

—¡Eh, Lester! ¿Estás ahí, hermano?

Era la voz del senador, en alguna parte del local, Lester se sorprendió ligeramente, giró un poco la cabeza, distraído por la llamada inesperada de su hermano, el senador, allá en otro punto de la sala alta.

Esa distracción apenas si duró medio segundo. Pero fue suficiente para Lee que, rápido, entro en acción a la desesperada.

Saltó de costado, derribando un candelabro y arrojando otro, de un violento puntapié, hacia su enemigo. Este gruño algo, apretando el gatillo de su arma.

Sonó un ahogado estampido, un sordo «ploc», y un proyectil zumbó, no lejos de Lee Humphrey. Para entonces, ya éste había logrado aferrar otro pesado candelabro con un velón rojo y lo arrojó contra Lester Diamond a quien alcanzo de lleno en brazo y rostro, arrojándole atrás, aturdido. La sangre fluyó de su nariz golpeada. El arma bajo considerablemente de nivel unos instantes. Suficientes para que Lee remachara su acción, cuando ya la voz del senador sonaba más próxima, junto a sus rápidas pisadas:

—¿Pero qué sucede ahí? ¡Lester! ¿Ocurre algo?

Ocurría lo preciso para que Lee salvara su vida. Había saltado éste sobre Lester Diamond, arrebatándole el arma y derribándole, aturdido, cuando le golpeó con su puño zurdo en el mentón. Al asomar Gene Diamond, el senador, al escenario de la lucha, la decoración había cambiado totalmente. Su hermano yacía a los pies de Humphrey. Y éste encañonó al político con fría determinación.

—Quieto ahí, senador —avisó con aspereza—. Su bonito juego, ha terminado definitivamente. Veremos qué dice ahora a la policía sobre ese cadáver que ocultan en el féretro...

El rostro del senador tomó el color de la salsa mahonesa, y pareció a punto de desvanecerse. Lee no sintió la menor piedad por él.

CAPITULO VIII

Monna Jagger miró largamente al joven policía. Discretamente, Homer y su esposa habían salido del living, dejando a solas a la muchacha con Lee Humphrey.

De modo que lo sabe... —susurro la joven amargamente.

—No era difícil imaginarlo. Las manchas en su gabardina, las pisadas femeninas que oyó el conserje del edificio...

—Es cierto —ella inclinó la cabeza—. Estuve allí esa noche. No sabía que también Jane iba a tener la misma idea...

—Le dije que no se moviera de casa. Corría usted peligro allí. El asesino iba a volver, estaba seguro de ello. Y así fue. Tuvo usted suerte de no ser la víctima. ¿Sabe por qué mato a Jane? Porque ella llevaba un pañuelo a la cabeza, para protegerse de la llovizna. La confundió con usted, porque era a usted a quien él quería matar.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Usted es la única que tiene la respuesta. Usted sabe por qué peligra de ese modo su vida, Monna.

—¡Es que no lo sé, se lo juro! ¡No sé nada de nada! —exclamó ella.

—Conscientemente, quizá no. Es algo que no recuerda o que ignora que sabe. Pero el asesino está seguro de que usted puede recordar en cualquier momento, darle importancia a algo que ahora cree que no la tiene. Y entonces, el se verá en un aprieto grave. Por eso quiere eliminarla Lo ha intentado ya varias veces. Y volverá a intentarlo, no lo dude.

—Dios mío...

—Monna, usted fue testigo del asesinato, ¿verdad?

—Si... —bajó la cabeza, estremeciéndose—. Lo vi todo, petrificada por el terror. Afortunadamente, no se me ocurrió gritar...

—Hubiera sido su sentencia de muerte. El asesino, una vez comprobó que su víctima no era usted, escapó de allí presuroso, sin imaginar que la tema tan cerca. ¿Pudo usted ver toda la escena?

—Sí, toda...

—Bien. ¿Podría reconocer al criminal?

—No... —Meneó la cabeza lentamente, en sentido negativo—. No, no podría.

—¿Está segura?

—Por completo. Mc daba la espalda. Llevaba algo, un amplio abrigo o capa, un sombrero de ala muy caída, guantes oscuros. Ni una sola vez le vi bien la cara, pero...

—Pero ¿qué? —indagó Lee, esperanzado.

—No sé... Por un momento, sentí la impresión de que había algo familiar en él... que no era la primera vez que lo veía... Fue algo fugaz.

—¿V no puedes concretar más tu impresión, identificar la razón de ese aire

familiar en su figura?

—No, no puedo. Lo siento de veras. No puedo, teniente.

—Bien... —resopló Lee, mirándola—. No me llames teniente. Después de todo, nos tratamos ya más íntimamente en aquel club.

—Esto es diferente. No quiero volver a acordarme de ese club, ni de Starr, ni todo lo demás...

—No temas. Eso queda atrás. Todos ellos tardarán años en salir a la calle de nuevo, si es que salen alguna vez. Pero seguimos siendo tú y yo. Monna y Lee solamente, ¿comprendes?

—Sí, Lee... —sonrió ella débilmente—. Gracias por todo. Mc estás ayudando mucho...

—Quisiera poder ayudarle más. Liberarte definitivamente de todo ese pasado que tanto te asusta.

—No. eso no. Nadie puede hacerlo. Ha sido todo demasiado horrible.

—Sí, hay alguien que puede intentarlo: tú misma. Cuando logres recordar esa laguna última que queda en tu recuerdo... tal vez todo sea diferente. ¿Cuáles son los peores recuerdos para ti?

—El psiquiátrico, los médicos, vigilándome como a un insecto o un virus extraño. Las salas blancas, la soledad, el miedo... y el recuerdo del horrible ser, atacándome en el cementerio y... y cayendo sobre mi... hasta... hasta... —se cubrió el rostro con manos temblorosas—. Oh, es terrible... Aquel hombre de ropas oscuras, babeando sobre mi cuerpo, mientras desgarraba sus ropas y me ultrajaba salvajemente, sobre una lápida...

—Ropas oscuras... Monna, aquel hombre... ¿podría ser el que mató a Jane?

—Si —tembló ella violentamente—. Era parecido, quizá igual. Si, podría ser.

—¿Por eso te resultaba familiar el que mató a Jane?

—No, no era eso. Me pareció recordarlo de otra cosa...

—Monna, escucha esto. Puede ser muy importante —Lee se inclinó hacia ella—. ¿Tu hermana Stacy te visitaba en el centro psiquiátrico?

—Sí... —sus bellos ojos se cubrieron de lágrimas—. Stacy, pobre hermana mía. Sí, me visitaba con frecuencia.

—¿Iba sola o la acompañaba alguien, algún amigo, un enamorado, pongamos por caso?

—No. Siempre iba sola.

—¿Seguro?

—Absolutamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque he sabido que Stacy tenía un amigo, un novio o algo así. Un hombre que la llevó a ver un espectáculo de satanismo.

—No me dijo nunca nada Ni vino con nadie al establecimiento psiquiátrico, estoy segura de eso.

—Bien. Creo que es todo... Un momento, Monna. Aun quiero hacerte otra pregunta ¿En qué centro psiquiátrico te internaron exactamente? Deseo investigar allí unas cosas.

Ella se lo dijo, y Lee lo anotó en su agenda. Luego, la miró pensativo, con el ceño fruncido.

—Es todo —dijo—. Ahora, sé buena chica. No te muevas de esta casa bajo ningún pretexto. Entretanto, intentaré hallarte otro lugar adecuado para vivir oculta, hasta que dé caza al maldito monstruo de los cementerios.

—¿Otro lugar? ¿Cuál, Lee? —se interesó ella, preocupada, mirándole con sus profundas, inquietas pupilas color ámbar oscuro.

—No sé si te gustará, voy a serte sincero. Pero tendrás que aceptarlo quieras o no. De momento, es el mejor que puede existir.

—¿Y es...? —la alarma fluyó al tono inseguro de ella.

—Lo siento mucho, mi querida amiga, pero va a ser... una clínica psiquiátrica.

Un alarido ronco, de terror y angustia infinitas, brotó de labios de la muchacha» que miró a Lee Humphrey con aprensión e incredulidad, intentando luego, desesperadamente, incorporarse y escapar de allí.

Los férreos brazos de Lee la sujetaron con energía implacable, haciendo inútiles sus violentos esfuerzos, y poco después, su cuñado Homer le ayudaba en la tarea, mientras su hermana Lori, desde la puerta, contemplaba la escena tristemente, apretando un pañuelo entre sus dedos, y sin quitar sus ojos compasivos de la infortunada muchacha, cuyos gritos rompían el alma:

—¡No, a una clínica, no! ¡No quiero que me encierren de nuevo! ¡No estoy loca! ¡He dicho toda la verdad! ¡No estoy loca! ¡Nooo! ¡Allí, no, por el amor de Dios!

Lee, pálido, la retenía contra sí, apretados sus labios, sin pronunciar palabra.

* * *

—Pero eso no tiene sentido, Lee —protestó el capitán Donovan, ceñudo—. Encerrar de nuevo a esa pobre joven en un sanatorio, será como darle el golpe de gracia, como volverla loca definitivamente y totalmente.

—El capitán tiene razón —apoyó Avery Crane, el joven agente de policía de la División de Detectives, frotándose el mentón con aire abstraído—. Pobre Monna Jagger, volverá a sufrir su pesadilla de antes.

Lee seguía silencioso, huraño, paseando por la oficina con aire de animal nervioso e irritado. Los ojos del doctor Slater, médico forense, y del joven doctor Larrabee, su amigo, no se separaban de él. Este último comenzó su habitual tarea mecánica de limpiar los ya limpios cristales de sus gafas, mientras hablaba pausadamente:

—Estoy de acuerdo, señores, en que el experimento es peligroso. El teniente quiere que ella recuerde algo, que una laguna de su memoria quede súbitamente resuelta, y para ello ha pensado en un tratamiento de shock, como es el de volverla a internar en un establecimiento psiquiátrico. Lee sabe bien los riesgos que hace correr a su testigo. Yo, también. Pero si realmente

queremos resolver el caso, me temo que no hay otra solución más ortodoxa incluso desde el punto de vista médico.

—El doctor Larrabee sabe más de psiquiatría que yo, por supuesto —corroboró el doctor Slater, tabaleando sobre una mesa—. Pero como colega, coincido absolutamente con él. Tenemos dos posibilidades: que la paciente empeore irreversiblemente, a causa del shock... o que sane del todo, reaccione contra su propio miedo y sus complejos, y recuerde todo, absolutamente todo lo de su triste pasado de enferma mental, y así nos aclare el misterio de ese dato decisivo que su consciencia se niega a concretar, y su subconsciente guarda celosamente.

—Ustedes parecen olvidar que no jugamos con un simple cobaya de laboratorio, sino con un ser humano, con una mujer frágil y quebradiza —les recordó secamente el capitán de Detectives Nelson Donovan.

—Yo no puedo olvidar eso, capitán, porque mi tarea es limpiar las mentes de mis enfermos —el tono del joven doctor Carter Larrabee también fue algo seco, como si se mostrara ofendido—. Además, este es un caso especial, en el que un amigo como es Lee Humphrey, me ha pedido un favor especial también. Yo he aceptado, con todas sus consecuencias y responsabilidades. Acepto internar en mi pequeña clínica privada a Monna Jagger, y tenga en cuenta que el establecimiento que yo dirijo dista mucho de ser un manicomio del Estado de California, como lo era el otro lugar donde se internó a Monna Jagger. Por tanto, el trato será cuidadoso, su caso se llevará con todas las precauciones, y ella no sólo estará sometida a una vigilancia disimulada, que impida su fuga o cualquier clase de peligro del exterior, sino que intentaremos, con habilidad y cautela, llegar hasta ese vacío mental para encontrar en él lo que sea.

—Gracias, Carter —suspiró Lee—. Eso es lo que quiero que comprenda el capitán. Que tu clínica no va a ser tan terrible para Monna, por mucho que sea el terror que ella sienta a la sombra de la locura.

—Está bien, es su propia responsabilidad —gruñó el oficial de policía, poniéndose bruscamente en pie—. Hagan lo que quieran, y pidan a Dios que les ayude, o tendrán en mí al peor enemigo de su vida. Y se lo digo a ambos. A usted, doctor Larrabee, y a usted, teniente Humphrey.

—Gracias, capitán —susurró Lee con alivio—. Empiezo a estar habituado a tenerle a usted por adversario... Adelante, Carter. Recogerás a Monna ahora mismo y la llevarás a tu clínica. ¿Cómo diablos se llama?

—¿Mi clínica psiquiátrica? Los Cedros de Sunset. Está en la más sana y tranquila zona de Santa Mónica. No tienen nada que temer. Monna Jagger saldrá de allí totalmente curada. Y ustedes tendrán su caso resuelto, estoy seguro.

Lee Humphrey se limitó a asentir, sin decir nada. Hubiera querido estar también él tan lleno de seguridad. Pero no le era posible, aunque simulara otra cosa.

Después de todo, como dijera el capitán Donovan, era una vida humana la

que estaba en juego. Una vida debatiéndose entre la demencia y el peligro mortal de la existencia de un misterioso asesino.

Sólo que no podía volverse ya atrás. Ni lo deseaba.

Este era el único recurso para descubrir el enigma, y lo iba a llevar hasta sus últimas consecuencias, le gustara o no.

* * *

Monna Jagger dirigió una mirada de terror en torno. El doctor Fairfax, ayudante personal del doctor Larrabee, sonrió, tras contemplar los intactos alimentos en la bandeja de la cena. Meneó la cabeza, y habló con amabilidad:

—Debería haber comido algo, señorita Jagger.

—No tengo apetito—fue la respuesta de ella.

—Ya lo imagino. Aun así, pudo haber tomado el caldo, el vaso de leche...

—No —insistió en su negativa—. No deseo tomar nada ahora.

—Está bien, nadie va a obligarla a ello —suspiró el doctor Fairfax—. Sólo quería que se alimentara un poco.

—¿De veras no me obligarán? —dudó ella—. En el otro hospital, sí lo hacían.

—El otro hospital era muy diferente. Ahora está entre amigos.

—¿Amigos? —Repitió ella, escéptica—. Entonces, déjenme salir, volver a mi casa...

—No es posible. Es orden del teniente Lee. Aquí está segura.

—¡No quiero estar aquí! —Gimió Monna, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¡No quiero estar en ningún manicomio! ¡No estoy loca!

—Claro que no —el doctor Fairfax se aproximo a ella—. Ya le dije que sólo se trata de protegerla. Y de que recuerde algo que ha olvidado. Para eso estamos el doctor Larrabee y yo. Aquí, nada tiene que temer.

Pero ella sollozaba ahogadamente, sin descubrir el rostro. El médico se encogió de hombros, retiró la bandeja de comida y anunció:

—Mi guardia termina, señorita Jagger. Pero esta noche se ocupa personalmente de ella el doctor Larrabee. Estará mejor atendida por él. Buenas noches. Y deje de llorar. Aquí, todos la queremos bien.

No dejó de llorar ahogadamente hasta que todo en torno suyo estuvo profundamente silencioso, y no había ya ni rastro del doctor Fairfax o de cualquier enfermera o médico del servicio diurno. Quedaban solamente las luces de los pasillos, y una débil junto a su lecho. La quietud en torno, resultaba para ella sobrecogedora, en vez de confortante.

Por ello le sobresaltó más la voz suave en la puerta:

—Buenas noches, señorita Jagger. ¿Todo va bien? ¿Se encuentra más tranquila?

Alzó la cabeza. Contempló al hombre alto, joven, pese a las canas de sus sienes, con gafas sobre la recta nariz, y corta bata blanca sobre un impecable pantalón negro. Se irguió, inquieta.

—¿Quién... quién es usted? —gimió, echándose atrás instintivamente.

—No tema nada —sonrió él, avanzando—. Soy el doctor Larrabee, Carter Larrabee, amigo del teniente Humphrey. El me pidió personalmente que cuidara de usted.

—El teniente Humphrey... —se mostró furiosa ella—. No quiero volver a oír hablar de él. No es un amigo. Me ha traicionado...

—No, no la traicionó. Tenía que traerla aquí para sentirse seguro. Yo debo ayudarle en su trabajo, eso es todo.

Se había quitado las gafas y estaba limpiándolas de modo maquinal con el borde de su bata blanca. Monna le contempló, abriendo mucho sus ojos.

—Usted... —musitó—. Usted no... no trabaja aquí.

—Claro que sí —rió él suavemente—. Soy director de este establecimiento. No la mentí. Larrabee es mi nombre

—No, no es cierto. Usted... usted trabajaba también... en el otro lugar cuando yo estuve encerrada... Usted... era médico interno del hospital psiquiátrico...

—Mi querida señorita Jagger, ¿cómo puede decir eso? —sonrió él, sin dejar de limpiar sus gafas.

—¡Ahora recuerdo! —Casi gritó ella, retrocediendo desordenadamente, y golpeando la mesilla de noche—. ¡Usted era el joven médico interno! ¡El que... el que yo encontré abajo, en el depósito de cadáveres donde había ingresado aquel día una compañera de pabellón que se mató...! ¡Usted... usted estaba violando aquel cadáver cuando... cuando yo entré en la Morgue del hospital!

Las gafas cayeron de manos del doctor Larrabee. Chascó un cristal, al quebrarse en las baldosas. El avanzó un paso.

Su tacón hizo añicos los trozos de vidrio, con un crujido chirriante. Ya no sonreía. Los ojos inteligentes del joven psiquiatra eran dos lagos helados y endurecidos.

—De modo que ya recordó... —fue su murmullo glacial, amenazador.

—¡Si, sí¡ —el horror dominaba a Monna Jagger, convulsionando su rostro con una mueca de espanto—. ¡Era usted! ¡Usted... el hombre a quien luego vi vestido de negro, intentando matarme, matando después a Jane...! ¡Usted es el asesino!

—En efecto —suspiró el doctor Larrabee—. Yo soy. Lo siento. Ahora, tengo que matarla...

CAPITULO IX

Rápidamente, se había ajustado unos guantes de goma a sus manos. Era evidente que en todo momento había esperado algo así, e iba preparado para ello.

El terror de Monna Jagger era absorbente, enloquecedor. Ahora se daba cuenta de la escalofriante situación en que se hallaba. Aquel monstruo, un asesino implacable, violador de tumbas y de cadáveres femeninos aún frescos, la tenía acorralada, sin posibilidad humana de evasión, dentro de su propia clínica. El era médico psiquiatra. Ya lo era allá, en el hospital psiquiátrico del Estado, tiempo atrás. Sólo que ahora, éste era su propio establecimiento. Nadie acudiría a ayudarla. Nadie atendería sus gritos, porque él era el médico de guardia nocturna, y los enfermos mentales gritan muchas veces, inventándose terrores inexistentes.

Ahora, él sabía que no había otra posibilidad para él, que matar a su paciente. O ella, como testigo, le enviarla a la cámara de gas. Ahora, tenía que matar. Y ella era la víctima.

—No... no diré nada a nadie... —jadeó implorante—. Juro que no revelaré la verdad jamás... Lo juro... pero déjeme vivir, doctor...

—Imposible —negó él fríamente—. Usted debe comprenderlo. Ya antes temí que esto sucediera, cuando se dio la maldita circunstancia de que un caso del teniente Humphrey fuese a coincidir conmigo, y usted fuese su testigo principal en el caso. Supe que, tarde o temprano, tenía que suceder. Y traté de anticiparme a ello, de evitarlo. Se me escapó usted varias veces, Monna. Pero esta vez, no. No, ahora no puede huir...

—Dios mío... —ella le miraba con ojos dilatados, pero una mezcla de astucia y pavor asomaba a su mirada ahora—. ¿Por qué, doctor, por qué? Usted es joven, es un médico conocido, tiene un porvenir, se supone que debe sanar a los enfermos de la mente... ¡y usted mismo comete aberraciones sexuales espantosas, que rozan ¡o demoniaco! ¿Por qué?

—Lo llevo aquí, conmigo... —una de sus manos enguantadas, tocó su frente de modo significativo. Su boca tuvo una convulsión, un espasmo—. No lo puedo evitar, ¿lo entiende? Todo comenzó siendo joven, muy joven... Mc inicié en ritos satánicos... He sido miembro encapuchado de Vampyr, sin que nadie conociera mi auténtico nombre, he asistido a orgias, a misas negras, a sacrificios humanos... Eso me fascinó desde adolescente, no pude evitarlo. Un día, en un rito, tenía que poseer a mi compañera. Era mi novia, iba a ser mi esposa.:.

—Si... Siga... —susurró Monna, mirándole fijamente, mientras tanteaba la mesilla, a su espalda, en busca de algo lo bastante contundente para defenderse contra él, para luchar por su vida hasta el último aliento.

—Durante el ritual... no sé cómo ocurrió, nunca lo sabré... Maté a mi prometida. Ni siquiera me di cuenta de ello... hasta después de consumado el

acto. Había poseído a un cadáver. Al cadáver del ser más querido... —su ojo derecho tenía un tic violento, su boca temblaba, bordeada de una leve espuma —. Cielos, cómo sufrí... Jure que ya nunca poseería a nadie en este mundo. A nadie con vida... Y así fue. Los cadáveres me atraen ahora. Es... es una terrible fascinación. Un morboso deseo, más allá de la vida y de la muerte...

—Entonces... entonces usted... usted no fue mi violador en aquel cementerio...

—No, señorita Jagger —negó el psiquiatra—. Yo no. Algún individuo de esas, de los que merodean lugares solitarios. Nada más que eso. Yo no ataco a las personas vivas... salvo si debo matarlas, como me sucede ahora con usted...

Y avanzó implacable, hacia ella. Sus manos se engarfiaron, disponiéndose a cerrarse sobre su garganta. Ella quiso gritar, y una de las manos ominosas apretó su boca vivamente.

Monna alzó entonces la botella de grueso metal, para estamparla en la cabeza del médico.

Este advirtió a tiempo su ademán, golpeó su brazo con fuerza, y la botella rodó lejos. Jadeó Monna, angustiada, viéndose acorralada, inexorablemente empujada a la muerte, a manos del enfermizo criminal...

* * *

—Será inútil lo que intentes, Carter. Ya no sirve de nada...

La voz no tuvo demasiado dramatismo, dada la situación en que llegó a oídos de los dos personajes centrales del drama. Sin embargo, tuvo la virtud de detener la acción violenta del doctor Larrabee.

También Monna Jagger dejó de sentir terror, empezando a sentirse increíblemente segura, cuando la presencia del teniente Lee Humphrey rompió la insoportable tensión del momento.

—¿Qué... qué significa...? —el doctor Larrabee se volvió vivamente hacia la entrada de la estancia que ocupaba Monna en su clínica.

Allí estaba Lee Humphrey. Revólver en mano. Y no estaba solo.

Le escoltaba el capitán Donovan, el doctor Slater, con expresión entre amargada y dolida, el agente Crane, el doctor Fairfax...

—Lo siento, colega —suspiró el forense—. Tenía que ayudarles a ellos, después de todo.

—Eso quiere decir... que todo fue una trampa, una farsa... —masculló el doctor Larrabee con un gesto desolado, bajando sus brazos, relajando sus manos, antes engarfiadas.

—Sí, Carter —afirmó lentamente Lee, avanzando con su revólver por delante, sin dejar de encañonar a su amigo psiquiatra—, Desde un principio, esto estuvo planeado para hacerte caer en la trampa, al tiempo que intentábamos despertar el recuerdo revelador en Monna Jagger. Todo resultó bien. Tenía que ser así.

Llegó hasta él. Le esposó. Carter Larrabee, el joven y brillante psiquiatra que a su edad había logrado no sólo ser médico especialista del fiscal del Distrito, sino también dirigir una clínica propia, no opuso la menor resistencia. Es como si toda la fiebre asesina, dentro de sí, se hubiera diluido en nada, en una resignación amarga y triste.

—¿Cómo lo supiste, Lee? —quiso enterarse.

—Primero era difícil. Luego, no tanto. El doctor Slater me ayudó en ello. Me trajo informes. Tú habías sido médico psiquiatra del Estado y tuviste un trabajo en el Centro de Psiquiatría del Estado de California hace un par de años. Lo demás era sencillo. Comprobamos fechas. Coincidiste con Monna Jagger en su tiempo de reclusión. Alguien recordó haberte visto salir, terminado tu turno, con Stacy Jagger. Y también supimos que por entonces hubo anormalidades en el depósito de cadáveres de ese centro. Era suficiente. Más de lo que esperaba. Me costó imaginar que tú, precisamente tú, eras el culpable. Pero tuve que admitirlo así. A partir de entonces, todo dependía de darte confianza, de hacerte creer que cooperabas con nosotros... Y llego esto. Lo siento, Carter. De veras lo siento, aunque no lo creas.

Carter Larrabee le miró largamente. No dijo nada. Luego el capitán Donovan y Avery Crane, le tomaron de ambos brazos. Se lo llevaron consigo. El doctor Slater trato de ayudar a Monna.

Pero ella, histéricamente, rompió en llanto y se precipito en brazos de Lee. Su voz sonó ahogada, temblorosa:

—Lee perdona... Llegué a desconfiar de ti. Ahora veo claro... y te ruego que me comprendas. Yo no podía sospechar...

—Lo sé, lo sé —la calmó él, tiernamente, acariciando sus oscuros cabellos —. No hace falta que digas nada Monna. Ahora, no. Creo que lo entiendo todo, por lo que hemos oído decir a ese infortunado. No es más que un enfermo. Del mismo modo que un policía puede ser también un asesino, un médico puede ser también un paciente incurable. Ese es su caso, por desgracia. Las aberraciones de esos satanistas, alteraron su mente alguna vez no sabemos cuándo. Eso será tarea de otro psiquiatra, no de la policía. Algo, sin embarco, hay de cierto, Monna. La cámara de gas nunca se abrirá para un hombre como Carter Larrabee. Es un enfermo. Terminará en un sanatorio como tantos pacientes suyos, quizá para siempre, recluido con una camisa de fuerza, en una celda aislada, soñando atrocidades con cadáveres de hermosas mujeres. Los verdaderos culpables de cosas así son otros. Gente corno Keith Starr o los hermanos Diamond, que hacen negocio de falsas orgías satánicas y cosas parecidas. Un hombre joven y sin formar puede verse alterado por influencias tan nefastas, y convertirse en lo que ahora es Carter Larrabee: una piltrafa humana, un pobre espectro...

—Dios mío, pensar que a veces se mata, se destruye, sin siquiera un motivo concreto para ello —musitó ella— Mi hermana Stacy, mi amiga Jane...

—Cierto, Monna. A veces, el crimen es el absurdo más grande que existe.

Ni él mismo sabrá nunca por qué mató a Stacy, para después desenterrar su cuerpo y ultrajarlo. Es la disparatada lógica del maníaco que obra bajo un complejo monstruoso, y nada más. En el fondo, aunque a uno le repugnen cosas así, hay que compadecer a gente como Larrabee.

—Yo nunca podré compadecerle, Lee. Lo siento.

—Ahora sería difícil. Pero quizá alguna vez, cuando el tiempo haya cicatrizado heridas... No sé, Monna. De momento, dejemos esa. Vámonos de aquí.

—¿De verdad... nos vamos? —Le miró, ilusionada— ¿Puedo abandonar este establecimiento?

—Nunca tuviste que entrar en él. Sólo fuiste... un cebo. Lo lamento, pero no había otro remedio. Pero eso sí siempre estábamos cerca de ti, ocultos en este local, vigilando ¿Me perdonaras alguna vez, Monna?

Ella clavó en él sus grandes ojos ambarinos. Su voz sonó dulce:

—Te he perdonado ya de todo... si es que realmente tengo algo de que perdonarte, lo cierto es que tengo tanto que agradecerte.

Y se colgó de su cuello. Le besó intensamente, presionando su boca con unos labios húmedos y succionantes.

Lee supo entonces por qué últimamente no había sentido nada especial hacia ninguna mujer, por atractiva o sensual que fuese.

Porque todo lo que no llegó a sentir hacia ninguna de ellas, lo noto ahora, exacerbado y avasallador, hacia aquella hermosa criatura cuyo cálido y turgente cuerpo envolvía en sus brazos.

EPILOGO
EN PRIMERA PERSONA

Ahora, todo ha terminado.

Finalmente vencieron. Ellos, malditos sean todos. Con Lee Humphrey a la cabeza. Ellos fueron los más fuertes.

No entienden. No pueden entender. Dicen que estoy loco. Me han encerrado en este espantoso lugar, blanco y hermético, donde me miran compasivamente, a veces incluso con horror.

Como si yo hubiera hecho algo monstruoso. Como si fuese una bestia... o un loco. ¿Qué pueden saber ellos? ¿Qué sabe nadie de las cosas que yo pude saber entonces, cuando era libre y podía amar y ser amado por las mujeres a quienes nadie recuerda ya, pensando que con la vida se termina todo?

Son ellos los dementes, los que no pueden ver más allá de su estrecho mundo rutinario. Ellos, los que ahora me juzgan y condenan, los que dicen que mi mente está enferma. Ellos son los enfermos. Los he tratado demasiado para no saber cómo son los muy necios.

No importa lo que hagan. Nunca cambiarán mi modo de ser y de pensar. Yo seguiré recordándolas a ellas, a las que nadie recuerda ya jamás, a las que yacen, heladas y mudas, bajo unos palmos de tierra. La vida no termina ahí. Hay otra vida, ellos me lo enseñaron en sus ritos, y ellas en su silenciosa pasión de noches hermosas de amor y de deseo. Yo... yo sentí palpitar, con una vida diferente, esos cuerpos femeninos entre mis brazos, pero ¿quién entendería todo ello? ¿Quién creería mis palabras?

Es más fácil decir que estoy loco, que debo permanecer encerrado de por vida, metido en uno de estos espantosos pozos blancos que los médicos como yo han creado para tortura de los realmente cuerdos.

Sólo espero llegar a esa otra vida en la que ellas, mis amadas de las solitarias noches de los cementerios, me estarán esperando, porque fui el único que las comprendió.

No quiero seguir pensando en todo ello. No quiero enfurecerme aquí, y darles motivo para tratarme como quieren ellos hacerlo, atándome dentro de esa maldita camisa de fuerza. No. Me mostraré cauto, prudente, dócil.

Es lo mejor. Ser más astuto que ellos. Y esperar. Esperar a liberarme definitivamente, al menor descuido de todos ellos. Pero liberarme de verdad. No escapar de este hospital para ir a parar a otro, sino liberarme del único modo que el hombre es libre: muriendo. Yendo junto a ellas. Y junto a Stacy Jagger.

Porque ¿quién podría creerme, si yo les dijera que fue Stacy Jagger, la dulce y bella Stacy, precisamente, la hermana de Monna Jagger, la que me inició a mí en otras prácticas como el vampirismo y la succión de sangre? ¿Quién admitiría, ni remotamente, que Stacy, la hermana de Monna Jagger, a quien yo maté... era realmente una mujer-vampiro y me pidió morir a mis

manos, para regresar luego y ser eternamente mía?

Sólo que Stacy jamás regresó de su tumba... y yo tuve que ir a buscarla al cementerio aquella noche.

Pero eso, nadie lo creería. Vale más que el secreto muera conmigo. Destruiré estas notas antes de que lleguen los enfermeros y el doctor. Es mejor así. Y no pensar en ello nunca más.

Nunca...

Carter Larrabee, Doctor en Psiquiatría.

FIN